

LA COMEDIA DE DANTE

Luis Fernando Escalona

Copyright©2008, by Luis Fernando Escalona.

Ilustración de portada: Hugo Yebra Yebra.

2ª edición exclusiva para Kindle, 2016.

ISBN: 978-607-7570-23-3

Ala de Avispa Editores

www.aladeavispa.com

edicion@aladeavispa.com

Este libro no podrá ser reproducido ni total ni parcialmente por ningún medio, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

“Hay que tener mucho caos dentro de sí para generar una estrella que danza”.

Federico Nietzsche

“Si no vuelven las horas vuelven las presencias”.

Octavio Paz

“El instante fugaz, pobres dioses, es nada más nuestro”.

Emilio Carballido

Adentro del espejo

Fue el anciano Samuel quien les dio la idea a los padres de llamarle Dante. Creía que era de buen augurio porque había escuchado de un italiano que, con el mismo nombre, había cruzado el infierno, el purgatorio y el cielo, y al final, vio la luz.

Nunca leyó un libro en su vida (ni en bajada). Decía que eso era perder el tiempo y que lo único que podía enriquecerlo de verdad, era navegar y beber. Sin embargo, conocía muchas historias. Algunas de ellas, las escuchó en alta mar mientras buscaba tesoros en los corales, en las encías de los tiburones o en los reflejos del plancton. A veces, atrapaba algún atún o si tenía mucha suerte, alguna sirena de larga caballera adornada con estrellitas de mar y sal espolvoreada, que le daba la apariencia de sufrir caspa marina.

Al anciano Samuel podía no importarle. Si el canto de la sirena lo atrapaba, podía besarle cada pedazo de alga que cayera de su cuerpo y regresarle el favor con algunas canciones de la bahía. El anciano Samuel la dejaba ir y seguía su viaje. Pero hubo un hechizo del cual nunca pudo librarse. La última vez que contó la historia fue en la boda de los padres de Dante.

El puerto estaba despejado. La colina y el faro le dijeron adiós con flores y pañuelitos. El barco se despidió de la iglesia y comenzó su viaje hacia el sur. En medio de la niebla y la tormenta, se vio atrapado por los guardianes de hielo que asomaban sus cabezas de iceberg, como si fueran enormes tortugas que salían a respirar un poco de invierno.

Marinero tallado a la antigua, con el rostro curtido por el sol y la sal, tatuajes en los brazos y dientes perdidos en el fondo del mar, el anciano Samuel vio en el cielo a un albatros que se posó en la punta del barco y los guió por buen camino. Pero un buen día, el anciano Samuel se vio a sí mismo bebiendo una botella de whisky y con la navaja de la ira, asesinó sin piedad al ave de la fortuna. Desde entonces, la maldición del albatros cayó sobre el anciano y su tripulación y vivió con un derrame de sangre en el ojo. En el único que tenía. El otro lo había perdido en una partida de póker en el bar de Charlie.

Fueron muchos los horrores que vio el anciano Samuel y como quería redimir su pecado, contaba la historia siempre que podía, aunque la terminaba de la misma manera, diciendo que debíamos amar a todas las criaturas de Dios, porque como Dios era un viejo ocioso que destruía los universos a su antojo, había que llevar la fiesta en paz.

Después de aquella boda, nunca más se le volvió a ver. Pero eso sí, antes de irse, cuando los novios salieron de la iglesia, el anciano Samuel se acercó y les dijo que nombraran a su hijo: Dante.

Había escuchado, en aquellos días antes del albatros, la historia de un hombre que viajó por los infiernos, guiado por el poeta Virgilio y creía que el pequeño aquél, que nacería de esa hermosa pareja, podía evitarse todo lo que un viejo loco de mar había sufrido. No encontraba relación alguna entre una y otra, pero es que, tal vez, depositaba su esperanza en el hijo de aquella pareja. Tal vez lo sentenciaba. Y lo que seguramente no sabía era que, algún día, ese niño también se encontraría con su propio infierno.

Así, con sabor a whisky, el anciano Samuel volvió a zarpar. Esta vez hacia el norte. El anciano Samuel tuvo muchas aventuras y conquistó a otras tantas sirenas que se reunían a cantar en el Trópico de Cáncer.

Pero en realidad, ésta no es la historia del anciano Samuel, ni de sus viajes posteriores, sino de la criatura que me mirará en un rato más al otro lado del espejo y que, en efecto, sus padres le pusieron el nombre de Dante. Yo no lo elegí pero me agrada.

Me gustaría decir, como Pellicer, que *“nacé de olmecas y mayas y gente española de la montaña y el mar”*, pero no. Nací de padre y madre, y mexicanos nomás. *Que las cosas sepan más de mí, que yo de ellas*, es otra historia.

Está oscuro. En esta época del año el día huye más temprano. Levanta su falda solar y corre a lo largo del universo, al otro lado del mundo. Nombremos este momento como el inicio de la noche más oscura de mi vida.

Estoy tendido en mi cama. Las paredes me miran con sus ojos de piedra. Curioso, pero no me apetece fumar y el sabor del vodka barato aún me quema la garganta. No tengo ni ganas de quejarme. Me levanto. La noche está aburrida y se siente cotidiana: la misma luna metiche que aparecerá más tarde, las estrellas chismosas, las manos frías del viento, los cometas.

Me giro hacia la computadora. Está encendida. Parece que le van a salir telarañas a la memoria RAM. Y ahí está *Boots*, mi gato en el teclado: de color negro, ojos verdes, botas blancas y bigotes de ratón.

—¿Por qué ya no escribes? —pregunta con sus ojos de *bilibrambo*, mientras me dejo mecer por la soledad.

—Prefería no hacerlo.

—¿Por qué? —insiste.

Lo miro y me mira. Nos miramos.

A veces pienso que los gatos son más humanos que las personas. ¡Cuánta *gatonalidad*!

—¡Ay, amiguito! Si yo te dijera.

—Pues dime —maúlla en masculino.

—Es que a la hoja vacía se le caen los dientes y le salen canas. Es como una enfermedad.

“Señor, siento decirlo, pero usted padece *Bartlevismo*”, me diría uno de esos bichos raros que se visten con batas color verde baño. Verde azulado. Azul verdoso. Da igual. Azul. Me gusta ese color. Por eso mi estudio (donde nunca estudio) es de color azul.

Voy al espejo. Las ojeras me cuelgan. Ríe al pensar en ello, pero no puedo evitar que mi sonrisa tenga un dejo de nostalgia. Algo no está bien. Entonces pienso que el reflejo es

el protagonista de una novela que aún no se escribe: “Esta es la historia de un hombre que no tenía madre. Bueno, sí tenía, pero es que apareció de pronto en el mundo. Surgió de la nada y cuando se miró en el espejo, se preguntó quién demonios era él”.

—Hola —me dice el reflejo—. Creo que te conozco.

Sin pensarlo, al mirar aquel rostro demacrado, golpeo el cristal. Entonces veo mis ojos, los ojos del extraño que me mira en el espejo. Veo y me pierdo en el interior de su pupila.

Son las 6:01 p.m.

Estoy aquí y allá.

Detrás del rostro en el espejo, se encuentra mi habitación invertida. Desde lo más profundo, alguien toca la puerta. Entonces, con la llave de mi mente, cruzo el umbral del espejo, la estancia y me detengo frente a la puerta.

—¿Quién es?

—La vieja Inés —responde una voz de mujer.

—¿Qué quería?

—Un listón.

—¿De qué color?

—Azul.

—¿Para qué lo quiere?

—Para ahorcarte mejor.

—No, señora, creo que se equivocó de cuento.

—¡Oh, perdona! Me quitaré un continente de las fauces —dice la mujer aullando como lobo.

Me dispongo a regresar pero ella insiste al otro lado de la puerta. Esta vez, no pregunto. Abro y sí, me encuentro con una mujer. Su cabello es castaño, casi rojizo, igual que su boca disfrazada de labial. Está vestida con camisa azul cielo, minifalda azul oscuro y tacones negros. “¿Una mujer policía extraterrestre?”, pienso de pronto. A ella le gusta usar minifaldas. Pero eso no es lo mejor. Esa mujer es de piel azul.

La saludo con una mirada en los muslos.

—Hola, ¿cómo están?

—Estoy acá arriba —dice ella.

—Perdona, es que son muy bonitos.

—¿Puedo pasar? —me pregunta cuando ya ha cruzado la puerta. La falda es más corta que mi paciencia.

1,2,3 por mí.

¡No valen pidos!

¡Encantado!

Así me dijeron sus piernas de mar cuando se sentaron en mi sillón.

Entre sus muslos hay un lugar de color blanco.

—¿Es el triángulo de las Bermudas? —pregunto.

—Si eso quieres que sea, sí —me dice riendo. Su risa es una canción para mis oídos. La repetiría toda la noche como ese extraño “*Number 9*”, de los Beatles.

La vuelvo a mirar y le acaricio los muslos con la mente.

—¿Te gustan?

—¡Qué pregunta! —respondo.

Entonces, ella se arrodilla delante de mí, abre la puerta de mi pantalón y toma mi pene entre sus manos.

—¿Sí? ¿Bueno? Probando... uno dos tres... —como si le hablara al auditorio de mis ingles.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Quiero beberme tu vida pero píntala de blanco.

—¿Y si te dijera que mi alma es negra?

—¿Por qué?

—Porque es una telaraña.

—¿Ah, sí?

—Sí, es por la tarántula del recuerdo.

—Habría que echarle insecticida —dice sonriendo—. O tal vez funcione mejor un *almaticida*. Mata todas las bacterias del pasado.

—Pero ha de doler.

—¿Estás seguro? —me pregunta divertida.

—No lo sé. ¿Por qué no mejor te limitas a cantar y ya?

—No, todavía no.

—¿Por qué?

—Porque quiero que mires cada rincón de mi piel y me digas qué ves.

—Pareces una mujer.

—O todas a la vez.

—Sí, tal vez.

A eso se reduce todo. Tal vez esto, tal vez *lotro*.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto, pero ella no responde.

Piensa que se encuentra en un escenario y comienza a hacer *sound check* nuevamente. Entonces, sopla sobre mi miembro. Yo me inflo hasta que ella me deja volar adonde algunos esqueletos vestidos de charros le cantan a *La Catrina* colgada de un mecate en lo más alto de un ciprés.

Ella me vuelve a mirar. Sonríe, y cuando finalmente se dispone a cantar, escuchamos un ruido que proviene del espejo. Ella se desvanece, como si no quisiera que alguien la viera. Volteo hacia el espejo y del otro lado, estoy yo, viendo hacia acá, pero estoy “ido”. *Boots*, mi gato, cruza el umbral del espejo y entra a la habitación invertida. Guardo mi miembro y escucho una vocecita que dice mi nombre. Me giro y ahí está, no mi gato, sino un animal que conozco de otra novela.

—¡Ante!

—Dijiste mi nombre. Bueno, casi —le digo con asombro—. Dilo. Dilo otra vez: Dante... Dante.

—¡Ante!

No cabe duda, es el bilibrambo llamado Acho, ese animalito que compartió las aventuras de un pistolero y su *ka—tet* en busca de la Torre Oscura. Parece un mapache pero tiene el tamaño de un perro, y sus enormes ojos de color amarillo me observan de manera curiosa, preguntándose qué clase de bicho raro le está hablando.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta el bicho raro—. ¿Me acompañarás?

—Sí, Ante —me responde.

El espejo se convierte en un mundo; en varios mundos unidos por los fragmentos de los cristales que golpeó mi mano. Me muevo entre dos pedazos de universo y ella aparece de pronto. Pero ya no es ella. La falda le ha crecido hasta la raíz del suelo y su piel se cae en una cascada delgada que va inundando la habitación. Ella es más hermosa todavía: cabello negro, piel morena, vestida de noche.

—Estaré muy cerca de ti —me dice—. Ahora cruza la puerta.

—¿Quién eres? —le preguntó antes de que su imagen desaparezca por completo.

Algo me hace caminar. Es Acho que me anima jalándome del pantalón. Entonces, cruzo la puerta de mi habitación invertida hacia la nada.

—Beatriz —escucho que me dice su voz.

Beatriz.

—¡Ante! ¡Ante!

Fue así como Dante se perdió en la ensoñación del espejo y bajó a las entrañas de su propio infierno. Incluso creyó ver en el dintel de la puerta, la misma inscripción que se le reveló al poeta italiano: “*¡Oh, vosotros los que entráis, abandonen toda esperanza!*”

Yo ya la había abandonado mucho antes de partir.

Qué soy, quién soy yo

La hoja en blanco se extiende como un mar; la miro desde arriba y me veo como un puntito negro; un náufrago de la creación. Muchos le llaman a esto el bloqueo del escritor, ese momento en que quieres escribir de todo y nada sale; o sale pura mierda. Mis proyectos están atascados, mis personajes no encuentran la ruta, mis historias no saben cómo continuar. Qué diferente era todo cuando lográbamos crear algo en la hoja. Todos aquellos cuentos, poemas y reflexiones que parecían escribirse solas. En cada uno de aquellos textos dejábamos el alma. ¿Será, entonces, que la hemos perdido? ¿Dónde está el asombro? ¿Dónde quedaron esas ansías de correr hacia la máquina y teclear ávidamente, sin detenerse, sin miedo a que las palabras siguieran su curso?

Recuerdo que me desprendí de muchos textos de aquel entonces. ¿Por qué lo hice? ¿Es que acaso los extraño? No. Extraño la pasión que me causaba crear porque no me detenía a preguntarme si valdrá la pena. En aquel entonces no me asustaban las críticas y ¿ahora? ¿Por qué ahora me detengo? ¿Qué es lo que falta? Cambiamos tanto y tan rápido que no nos dimos cuenta de lo que dejamos en el camino.

Creo ver la cara de un amigo antes de marcharse. “Cuando me vuelvas a ver, no seré el mismo”. Y qué razón tenía. Todos cambiamos. Todos nos fuimos de aquella tierra que hicimos nuestra, *La Tierra de Nunca Jamás*, donde no pasaba nada y ocurría todo. Donde dejamos nuestros sueños, donde perdimos la valentía, donde nos dejamos arrasar por las drogas, el alcohol, la incomprensión, la soledad de nosotros mismos y ahora no queda más que la nostalgia.

¿Y qué decir de todos aquellos rostros? De aquellos amigos que se fueron, de aquellos momentos que atesoramos en la memoria; a veces, creemos que ya no habrá momentos mágicos, que el asombro se fue, que envejecimos siendo jóvenes, que nos duele parirnos a diario. Otros nos hicimos gordos, calvos, cuadrados o rectangulares. Perdimos nuestra esencia original y la vomitamos en alguna borrachera.

No es que anhele el pasado, es que anhelo las presencias que habitaron en él. A veces, pensamos que conjugar la vida en tiempo pasado es mejor y nos damos cuenta que nos robaron la vida; nos robaron esas ganas de verter nuestras almas en la hoja o simplemente las dejamos olvidadas en algún calcetín. Pensamos que los instantes fueron eso, instantes que no logramos atesorar. ¡Qué digo atesorar! ¡Que no logramos vivir!

Es así, como Acho y yo cruzamos las entrañas de un cadáver y caminamos entre praderas rojas de músculos y huesos. Nadamos en la sangre del corazón y entonces, descubrimos el bosque.

—¡Ante, Ante!

—¿Qué pasa, amiguito? —pregunto.

—¡En, en!

—Voy, voy.

El bosque está cubierto por altos árboles y un lobo fosilizado. Hay un acantilado desde donde se ve la entrada al universo. Está nublado pero todo es verde. Mi casa está muy lejos. Aparece un sendero de tierra, como una pista para deslizarme. Lo hago y llego rápidamente al lugar frente a la casa.

Acho me recibe. “¡Ante, Ante!”, me ladra en su intento por hablar. Lo acaricio y él estira su cuello. Me espera mientras miro la casa. Es grande, con dos pisos y muchas ventanas. Es blanca, con el techo rojo. Entro. No tiene cerradura. Se ve oscuro. Tiene una estancia grande que no se percibe bien, como si hubiese neblina adentro. Hay dos puertas a mis lados. Entro a la de la derecha. Es un estudio. Del lado izquierdo librerías con muchos libros acomodados de manera ordenada. En el centro hay una mesa con mi computadora. Arriba, un estante con todos mis libros publicados. Del lado derecho, al lado de la mesa, hay una vitrina que contiene mis juguetes de colección. Más allá, está una ventana con protecciones, de donde cuelga un bebedero para aves. Hay un colibrí volando.

Salgo y me dirijo al cuarto de la izquierda. Entro. El cuarto es luminoso pero hay bruma. Hay dos camas: una de color rosa y otra de color azul, pegada a la ventana del lado izquierdo. Hay dos adolescentes. Parecen ser niños de unos doce años. No hay cortinas. Cada uno de ellos está dibujando. No hablan, no me miran. Salgo. Hay un largo pasillo. Del lado izquierdo de la casa, una estancia de color verde, con sillones y muebles bonitos, de tonos verdes y cristal. No hay nadie. Sigo adelante por el pasillo y encuentro 2 puertas más, a mi derecha y a mi izquierda. En la derecha está la cocina. Es pequeña, limpia pero vieja. Salgo y me dirijo a la otra. La abro y aparece un hermoso jardín, con muchas plantas, el pasto perfectamente cortado, aves y flores de colores. Es el único lugar donde hay sol.

Salgo y subo la escalera que está junto a la puerta de la cocina. A mi derecha está un cuarto con tele, videos, Nintendo, instrumentos musicales y cervezas. A mi izquierda, está mi habitación, adornada con otoño. Hay una cama grande para mí solito al lado izquierdo. Hay un closet, al fondo está el baño y del lado derecho del cuarto, hay un mueble con cajones y un espejo. Me miro en él. Hay oscuridad. El reflejo soy yo, pero desgarrándome la piel. Tengo sangre y la carne se me cae mientras entierro mis manos en mi rostro. Después, aparece otro yo pero llorando, cubriéndose el rostro.

A mi lado aparece David. Me abraza y sonrío. Me dice que mire dentro de los cajones. Desaparece. Los cajones del lado derecho contienen todos los buenos recuerdos: ahí estoy yo jugando al Súper Bowl en el camellón frente a mi casa, risas con los amigos, mis padres, mi mujer, la música, los escritos, mis mascotas...

Los cajones del lado izquierdo tienen los malos recuerdos. Impera el de la partida de David.

Salgo del cuarto y bajo las escaleras. Ahora la estancia está llena de mis amigos, los que están y los que no. Está David también. Salgo y miro a los niños en el cuarto. Siguen pintando y no me ven. Salgo de la casa.

Camino de regreso a la montaña. Miro una tumba en el trayecto. Es la de David. Cerca de la montaña, me está esperando Acho otra vez. Subo y me miro de frente, sentado contemplando mi propia casa.

Tengo el deseo de salir del bosque pero ni siquiera Acho sabe por dónde. Cuando me detengo de nuevo en el filo de la montaña me doy cuenta de que el mar lo cubre todo. El cielo se ha vaciado. Lo que antes había sido un lugar elevado, no es más que el final de una playa desierta. Es ahí donde veo al que será mi guía. Se aparece milagrosamente, como Virgilio al poeta. Veo con mis propios ojos al hombre del rubí en la córnea que navegaba en una pequeña barca de madera.

—Has llegado por fin —me dice el anciano Samuel al tocar tierra.

—¿Cómo supiste que llegaría?

—Sólo lo supe. ¿Quieres salir de este condenado lugar? Yo te llevaré a lo largo del Aqueronte. A ti y al bicho ese.

—¡Acho! —ladra indignado el bilibrambo.

—¿Y Beatriz? ¿Sabes dónde está? —pregunto.

—No te preocupes por ella —me dice—. Lo importante es salir de aquí.

—¿De verdad eres tú, el anciano Samuel?

—Puede que sí, puede que no.

—Entonces, ¿quién eres tú?

—Soy tú.

—No, ¿quién eres *tú*? — insisto.

—Soy tú, bueno tu desdoblamiento.

—Y una madre.

—Yo no tengo madre.

—¡Qué poca madre!

—Sí, es un desmadre.

—En la madre.

—Ven, te mostraré algo.

—¿A Beatriz?

—No te preocupes por ella...

En ese momento, Acho desaparece.

— ... ni tampoco por él. Estarán cerca. Ahora hay que descubrir *quién eres tú*.

Entonces el anciano Samuel saca un microscopio de las escamas de un salmón. Lo ajusta y coloca una muestra celular que guardaba en el lugar de su muela dorada.

—Ven a mirar —me dice.

Y veo dentro de él.

Sucedió que cuando mi mamá supo que estaba embarazada, le habló a mi papá y le dijo: "Houston, tenemos un problema". Obviamente, yo no conocí a mi papá como Houston, ya que se cambió el nombre legalmente antes de que yo llegara. Él se llamaba David. Ella, Genoveva. David era alquimista. Genoveva, escritora. El alquimista era mi amigo. La escritora, hechicera. Mi amigo ya no está. La hechicera se fue cabalgando en su escoba. Y a mí, no me pusieron "Problema", sino Dante.

Mi primera palabra fue *papá*. No David, sino papá. Ahí quedó establecido un lazo de fraternidad, como el que se establece entre un caballo y su establo o el de un cerdo y su lodo. Se sienten protegidos; así me sucedía con David.

Papá me veía con ojos de rana; admirado porque en efecto, esa bola con veinte dedos, dos ojos, dos orejas, un pilín y rodeado de un constante olor a caca, que era yo, fuese su hijo. Sin embargo, cuando risueño balbuceé: *e lleva la chingada*, mi papá comprendió que era humano también y se sintió triste.

Ser humano, o ser un humano, significa un destino de amor y dolor por igual y no quería eso para mí, por la parte del dolor. Pero hay cosas que uno no puede cambiar. Por ejemplo: no se puede cambiar la ruta del Sol, la voz del gallo afinada en Re o el camino que toma el agua dentro del retrete cuando se acciona la palanca. Mi papá sabía que yo también tenía que encontrar mis propias respuestas.

Al principio de mis días, al comienzo de mi muerte, Genoveva, David y yo vivíamos en el 258 de la calle Puebla, en la colonia Roma. Era un edificio azul, muy grande con un estacionamiento que parecía laberinto. Todavía existían las paletas Manhattan, esas que tienen la forma hexagonal perfectamente delineada y con muchos sabores y colores, como si se los hubieran robado al arco iris; pero eso sí, todos naturales. Curioso, no recuerdo haber visto en su catálogo alguna paleta de color azul.

Vivíamos a unas cuerdas del Palacio de Hierro, que en aquel entonces, era un impresionante cubo que me producía escalofríos. Las paredes eran viejas y hasta se podían escuchar los lamentos de algún chocarrero perdido por ahí.

—Disculpa pequeño —me preguntaban de repente— ¿dónde está Real Paraíso esquina con Edén? Es que ando purgatoriendo y estoy perdido.

Yo les señalaba alguna dirección, me llevaban a la sección de juguetes y desaparecían.

En aquella época, Ciudad de México era un lugar lleno de colores. Los edificios sonreían y parecían estar forjados por un arquitecto cósmico, como si fueran cada uno de ellos, un pedazo de la gran maqueta universal.

Todavía existían los helados Danesa 33 y el Banco del Atlántico, “*todo un océano de posibilidades*”. Nos gustaba caminar sobre la calle de Mazatlán en la colonia Condesa y recorrer un tianguis que era tan largo como la Cuaresma. Sobre todo a mí, porque siempre me compraban los juguetes de la película “Star Wars”. Nos deteníamos a comer algún helado en la inmortal nevería La Roxy, que aún se encuentra en la esquina de Mazatlán y Fernando Montes de Oca. A uno le salen canas, pero ella sigue tan fresca como siempre.

En una ocasión, nos desviamos y fuimos a unas cuantas calles de ahí.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A la tienda de las Guapas —respondió Genoveva.

Me emocioné. Me gustaba ir a ese lugar porque siempre me compraban un paquetito de galletas saladas y queso fundido para untar. Me comía el queso y dejaba las galletas.

Lo que nunca había entendido era porqué mis papás le decían “la tienda de las Guapas”. Supuse que eran mujeres importantes, además de que la tienda me parecía enorme. No dejaba de asombrarme con los gigantescos refrigeradores llenos de quesos y jamones. Ni siquiera parado de puntitas lograba ver lo que había al otro lado del mostrador, pero ese día, iba decidido a resolver mis dudas.

—Buenas tardes —dijo Genoveva al entrar. Dos mujeres al otro lado le respondieron el saludo.

Hice un intento por mirar. Al no tener resultados, retrocedí para tener una mejor perspectiva de las dos mujeres. No lo pude evitar. Abrí mucho los ojos, sorprendido ante lo que veía. Eran dos mujeres redondas con ojos de galletas.

Confundido aún, me acerqué a Genoveva y con timidez le pregunté:

—Mami, ¿por qué tú y papá les dicen “las guapas”?

Ruborizaba, Genoveva sonrió a las mujeres, quienes le miraron perplejas.

Entonces, salió un ratón entre las galletas. Era un ratón que vivía al fondo de la calle, donde todas las noches soñaba con llegar a la luna. Subía hasta lo más alto de la barda para verla.

—¡Cómo me gustaría saber si la luna es de queso! ¡Me la comería toda! —exclamaba el ratón mientras se dormía. Y no pasaba una sola noche sin que se viera caminando en la luna.

El ratón se imaginaba con su traje del espacio, corriendo entre muchos tipos de quesos. Una mordida aquí. Otra mordida allá.

Y sucedió que un día, mientras el ratón caminaba por la ciudad, vio una nueva tienda que estaba por abrir. Se llamaba “La luna de queso”.

—¡Y tienen muchos quesos! —exclamó el ratón desde la calle. Estaba contento, pero aún debía hacer un plan para caminar a lo largo de la luna y comer todo el queso que quisiera.

“Debo tener mi traje espacial para entrar a la luna”, pensó el ratón. No quería olvidar ningún detalle de su sueño. Sólo así se volvería realidad.

Después de muchas noches de trabajo, el ratón logró llegar a la luna. Y cuando se disponía a probar todos los quesos, vio a un enorme gato que se acercaba.

El ratón echó a correr.

—Nunca me dijeron que en la luna había gatos. Tendré que hacer otro plan.

Por eso, regresó a la biblioteca a estudiar. Y por eso, se le hincharon los ojos de tanto leer.

Podría decirse que perdí la inocencia cuando supe la verdad sobre el Ratón de los Dientes. Lloré como si se hubiese muerto un amigo llamado Infancia. Pero no. Creo que la perdí cuando atropellaron a mi gato, y lo vi agonizar y lo supe muerto. Un niño que se ha dejado seducir por el odio disfrazado de caramelo, no es un niño normal.

Porque sucedió que descubrí a los animales. Y me gustaron. Pero cuando pasó el incidente de mi gato, comencé a preguntarme sobre la muerte. Y eran preguntas difíciles de contestar. Sobre todo para David y Genoveva. David veía con tristeza que el niño Dante se estaba abriendo camino a la vida real.

Todo marchó muy bien hasta la mañana del 19 de septiembre de 1985 en que la un temblor azotó a Ciudad de México. Lo que al día anterior había sido una agencia de Datsun, no era más que un cúmulo de escombros, polvo y motores que se quedaron con ganas de arrancar.

Nos convertimos en una familia de nómadas y pasamos por varios estados: un estado de depresión, otro de angustia, uno más de nostalgia y finalmente, un Estado de México. Ahí levantamos nuestro campamento varias veces. Una en Atizapán, otra en Coacalco y otra en Tlalnepantla.

Por aquel entonces, a mis padres les gustaba jugar boliche. Yo quería jugar pero las pelotas eran muy pesadas. Así que me llevaba algún cuaderno y lápices de colores, también robados del arco iris. Me gustaba dibujar. Cuando íbamos a algún restaurante, dibujaba atrás de los manteles, casi siempre escenarios del mar, con animales nadando por toda la hoja. Si te hubiera conocido antes, anciano Samuel, te hubiera dibujado también.

Durante aquellas noches de jueves de boliche, comencé a crear mis propios personajes y sus historias.

El problema es que ahora no puedo escribir porque estoy enfermo y no sé qué es el Bartlevismo. Algo en el fondo de mis entrañas me lastima.

La araña del recuerdo, seguramente.

Todo esto le conté al anciano Samuel mientras navegábamos por un lago rodeado de bosque y molestos inquilinos.

La primera parte del recorrido la hicimos luchando contra el lirio que cubría las aguas de ese lugar. El paisaje era desolado. Conforme avanzamos, el lirio se fue abriendo con bofetadas de viento, pero como esas manos de aire estaban sucias, la pestilencia en el lago se quedó impregnada durante mucho tiempo.

Pero el rumbo cambió y llegamos a un lugar con las aguas transparentes, donde hacían competencias de lanchas. Llevamos la barca hasta ese lugar y descendimos.

—Es hora de conozcas el lugar donde perdí uno de mis ojos en una partida de póker — me dijo el anciano Samuel.

Ese lugar era el bar de Charlie.

En el bar de Charlie

El bar de Charlie estaba situado en la entrada del fraccionamiento que rodeaba al lirio, que rodeaba al Lago de Guadalupe. La planta acuática era el principal enemigo del lago y estaba considerado como una de las plagas más peligrosas sobre la base y la altura del mundo. Se adaptaba propagándose tan rápido como los políticos, quienes se ocupaban de todo menos de cuidar ese lugar.

El problema estaba en las cañerías y en la contaminación de las fábricas cercanas. Fueron los habitantes del lugar quienes buscaron la manera de convencer a los gobernantes para que llevaran a cabo un plan de rescate. Así, se intentó triturar con máquinas al lirio invasor. Pero *cuando despertaron, el problema seguía ahí* y la causa era que no peleaban contra la causa real: las aguas contaminadas que servían como nutriente para que el lirio se expandiera hasta convertirlo en pantano. El lirio tuvo muchos súbditos que lo defendieron. Por ejemplo, el ejército de mosquitos que se instituyó en el bosque. De esta manera, al ver los constantes fracasos, la comunidad del Lago de Guadalupe tomó cartas en el asunto y por eso, el anciano Samuel perdió un ojo en el póker. Así, los vecinos tuvieron recursos para el combate.

La estrategia consistió en conductos para el tratamiento de las aguas y reforestación. Con el dinero obtenido por el ojo del marinero, los colonos fumigaron a las plagas. Por eso, ya no vino la plaga, ni le gustaba bailar, ni cuando estaba rocanrroleando era la reina del lugar. Los mosquitos levantaron la bandera blanca de la rendición y fueron exiliados.

De esta manera, el Lago de Guadalupe pasó de ser un horrible pantano a convertirse en un espejo de agua, donde celebraron los colonos, años después, organizando competencias de lanchas con motor, las cuales ayudaban a la purificación del lago. Además, atrajo a muchos visitantes, como los pelícanos y los patos canadienses o, sin ir más lejos, a nosotros tres.

Y fue así como en tiempo presente, Samuel, Acho y yo entramos al lugar.

La luz es tenue. Hay mesas, una barra, y billar. Mi guía me presenta con sus amigos. Es un cuarteto tan extraño como el de Liverpool. Tres de ellos se llaman Athos, Porthos y Aramis. Obvio, no son ni sus verdaderos nombres ni los verdaderos mosqueteros. Está también un hombre apodado El Dinosaurio y Charlie, el cantinero, un hombre de cabello enchinado que ya había visto en otro lugar.

Athos es un hombre de color verde. Porthos es blanco y Aramis, de color rojo. El Dinosaurio, en cambio, no tiene color pero sí una enorme barriga que acaricia constantemente.

Cuando nos vieron llegar, los tres mosqueteros cantaron: *“somos los tres charros, somos los tres caballeros y nadie es igual a nosotros”*.

—Bienvenido al grupo — me dice Aramis—. Ahora, tú serás el nuevo Dartañán.

Athos estornudó.

—Questo quelotro: ¡salud! —grita el Dinosaurio.

Porthos dice que la cerveza es como una mujer. O mejor aún, es la mujer ideal. “Te puedes tomar otra y otra, y ninguna se pone celosa”. Fue así como después de la décima mujer dormí sobre mi nariz.

Y cuando desperté, el Dinosaurio todavía estaba ahí.

A cada trago, se va uno descubriendo a sí mismo. Es como un juego de tablero. En una esquina de la existencia, (para ser más exactos, en la mesa de al lado) se encuentran dos entes jugando una partida de ajedrez, a la que siempre se han visto atados y de la que parecen gozar.

—¡Qué ironía! ¿No te parece?

—¿Qué cosa?

—Tú moviendo las negras y yo, las blancas.

—Cuestión de enfoques. Jaque.

—¿Sabes por qué no puedes destruirme?

—¿Por qué?

—Me necesitas.

—Eso sería como afirmar que yo necesito de ti.

—¿Y no? Si yo no existiera, estarías muy aburrido.

—Debe haber entretenimiento para todos.

—Cierto. Jaque.

El juego se prolonga hasta que uno de los jugadores declaró:

—¡Jaque mate!

El otro inclinó su rey y dice:

—Así será por siempre, ¿verdad?

—Sí —responde el otro.

—¿Otra partida?

—Acepto.

Y Dios y el diablo comienzan otra vez.

Una fiesta. Zoológico y cerveza, celebración de safari, lobos que aúllan con guitarras de jirafa. Juego de cartas, póker de reyes leones, cebra de ajedrez. Brindis de pantano entre focas traviesas y hienas que ríen. El oso juega con miel y abejas juegan con oso. Plumas de águilas hermanas, tigrean despacio la hormiga en la lengua. Risas torpes de búho en jardín amazónico de enfado y disturbio. Y el elefante rosa.

Los tres mosqueteros y yo salimos de ahí.

La noche es fría y despejada. La brisa sacude los brazos de la arboleda y la luna parece darle vida a las sombras de la calle.

El auto se detiene en medio de la nada. Después de una larga ronda de cervezas, Athos, Porthos, Aramis y DartaDante, se detienen a conversar. Dante es el nuevo en el grupo, por lo que Athos está dispuesto a jugarle una broma de bienvenida.

Mientras Porthos y DartaDante charlan en el asiento trasero, Athos se inclina para susurrarle algo a Aramis quien viene al volante. Le pide que siga su juego y reitera que no vaya a reírse por nada.

— DartaDante —dice Athos— tenemos algo que decirte. Es algo serio y queremos saber si podemos contar con tu ayuda.

—¿Qué pasa? —pregunta DartaDante.

—Necesito saber, primero, si nos ayudarás.

—Dime qué es y ya veré.

—¡Di sí o no! Esto es importante.

DartaDante no responde. Duda y se limita a observar a su amigo. Después baja la mirada intimidado. Echa un vistazo alrededor, da una fumada a su cigarro y arroja la colilla por la ventanilla.

Al ver que DartaDante no reacciona, Athos mira a sus compañeros. Porthos no sabe lo que ocurre pero guarda silencio.

—¿Se lo digo todo? — les pregunta Athos y los dos afirman con un movimiento de cabeza, dudosos también—. Escucha: nos estamos arriesgando mucho al decírtelo. Estamos involucrados los tres. Si no estás dispuesto a ayudarnos, no hay problema. Pero debes jurar que no se lo dirás a nadie.

—Está bien —dice DartaDante con nerviosismo.

Athos hace un profundo suspiro y se prepara:

—Tenemos un cadáver. Se encuentra escondido en unos arbustos que conducen a las cañerías. Nadie puede verlo ahí. Está oscuro...

—¡No juegues con eso! —interrumpe DartaDante.

—¡No estoy jugando! Te dije que esto era serio.

DartaDante no responde. Sigue dudando, mientras Porthos y Aramis comienzan a sentir cierta diversión por el asunto.

—Lo que queremos —dice Athos— es que alguien vaya y tire el cuerpo al lago.

—¡Ya, cabrón! Es broma, ¿verdad?

—¡Qué no! ¡Ayer, Aramis atropelló a un tipo!... fue un accidente... nos pidió ayuda... la verdad es que no queremos hacerlo nosotros porque nos han visto y pueden sospechar.

Aramis finge llorar en su asiento.

—¡Para qué le dijiste! —reclama Porthos por su parte.

—¡Ya, niñas! —exclama Athos—. Si no nos ayuda, yo mismo voy y lo hago.

—Oye —interviene Aramis— el problema es mío. Ya no los quiero involucrar.

—Espera —dice DartaDante, pensativo— Si es verdad... los ayudaré.

—¿Estás seguro? —pregunta Athos, sorprendido.

—Sí.

—Entonces, vamos.

—¿Ahorita?

—Mejor.

Aramis enciende el auto. Se dirigen al lugar. Silencio. Están ansiosos. Un enorme camellón, que separa los dos sentidos del camino, guarda un gran canal por donde corre un río de desperdicios conectado a los túneles de las cañerías.

Se acercan. Hay matorrales y altos pastos que forman el escondite del muerto.

Cuando están por llegar, se dan cuenta de que un automóvil se encuentra alumbrando esos arbustos. Aramis se sobresalta.

—¡Mira, mira! —exclama aterrado.

—Tranquilo —dice Athos—. Date una vuelta a ver si se va.

Aramis conduce el coche por el camino y dan la vuelta en el primer retorno. Cuando llegan, se aseguran de que nadie los esté mirando. Detiene el auto frente a los arbustos. Apaga las luces y el motor. Athos suspira profundo y se vuelve hacia DartaDante.

—¿Listo? —pregunta.

Todos lo miran. DartaDante no puede disimular su nerviosismo.

—Sí —responde en un susurro.

—Entonces... —dice Athos con malicia—: ¡Bienvenido al grupo!

Todos comienzan a reír y le dan palmaditas de aliento a su nuevo compañero.

—¡Cabrones! Ya lo sabía —dice DartaDante.

—¡Te asustaste! —ríe Aramis.

—Claro que no —miente DartaDante—. Ya sabía que era una broma.

—¿Viste su cara? —pregunta Porthos—: “Ah, con eso no se juega”.

—Pues sí, cabrón, con eso no se juega.

—Ya, tranquilo —dice Athos—. ¿A poco no estuvo divertido?

—¡Uf, no sabes! —Ironiza DartaDante.

—Ya, güey, tranquilo. Vamos por otras cervezas —dice Porthos.

Aramis enciende el motor y avanza para dar vuelta en el retorno. Voltea para asegurarse que no venga otro auto. Acelera. Sigue volteando. Arranca. Vuelve la cabeza al frente y una figura de cuerpo completo se cruza en su camino. Ya es muy tarde. Aramis no puede frenar.

Afortunadamente, la figura es un chocarrero perdido, al cual traspasamos. Se sienta en el asiento trasero y nos pregunta:

—Disculpen, ¿por casualidad, saben ustedes dónde está Real Paraíso esquina con Edén?
Es que ando purgatoriendo y estoy perdido.

Los mosqueteros se quedan de piedra, y eso que no han jugado a *los encantados* con las piernas de Beatriz.

Yo soy el único que puede reaccionar. Le señalo en una dirección y en vez de llevarnos a la sección de juguetes, nos lleva de vuelta al bar de Charlie. Se toma una copa y desaparece.

Al tener sus cervezas en la mano, los mosqueteros exclaman: ¡*Pidos!*, y comienzan a beber. Yo estoy muy silencioso y cabizbajo.

—¡Ya, Dante! —exclama Athos—. ¿No te gustó nuestra bienvenida?

Todos ríen. Acho observa.

—Ya lo decía yo —dice Porthos.

—¿Qué cosa? —pregunta Athos.

—El vicio del ocio lleva a la depresión.

—Se puede arreglar.

—¿Cómo? —pregunta Porthos.

—Bebamos.

Aramis, quien había estado callado, se hace chiquito, y en una ceniza de cigarro con forma de barca, zarpa en el mar de cerveza que habita el cenicero.

—Ahora ya me quiere imitar —exclama el anciano Samuel desde la mesa donde Dios y el diablo habían estado jugando al ajedrez. En efecto: les estaba contando la historia del albatros.

—Se está enojando —dijo Porthos.

—¡Cuidado! —advierte el Dinosaurio—. Tiene pico de avestruz y te va a picar el culito con el trolebús que viaja a mil kilómetros por hora en la boca del pájaro carpintero que vive en su cuello de manguera.

—¡En la torre! —dice Porthos.

—No, en su cuello de manguera —reitera el Dinosaurio.

—Oye —dice Athos—, si el jabón para trastes remueve la grasa, ¿qué pasa si me lo hunto en la barriga?

—No sé, al menos quedarás rechinando de limpio como yo —dice el Dinosaurio acariciando la circunferencia de su estómago.

Entonces me levanto y antes de marcharme les digo:

“Honorable Presidium del bolillo: soy un héroe sin estatua, adicto de sus labios amarillos y su cuerpo de tortuga. Le soy infiel y no se enoja, puedo beberme a sus hermanas y hacer de ellas, un ejército desnudo sobre la mesa. Soy un gznápiro de viernes, de visiones turbias, de charlas, amistades y lágrimas. No quiero que mis hijos las conozcan. Podrían perderse en sus embrujos. Por eso, le hago un favor al mundo y, como mártir de cantina, me emborracho con recuerdos...”

—¡Ya, cabrón! —grita el Dinosaurio.

“... y ustedes, me mandan por un tubo”.

Acho se transforma en un elefante rosa y salimos de ahí jugando a mojarnos los ojos con los charcos de la calle. Tocamos algunos timbres y echamos a correr. Nos reímos.

—¡Ante, Ante! ¡Vertido!

—Sí, Acho. Es divertido.

—Cribé.

—Sí, Acho. Voy a escribir.

Anuncios animales

Recuerdo el día en que redecidí ser escritor. Me levanté temprano y fui a comprar el periódico. No le llamo Diario porque no diario lo compro. Sólo ese día y vi cosas extrañas.

Pasó un camión guajolotero que llevaba guacayamas al matadero, mejor conocido como la Cámara.

—Tienen que aprobar una nueva ley —dijo el vendedor de periódicos.

—¿Y ahora de qué? —pregunté.

—De la reforma energética.

En ese momento, delante de nuestros ojos y demás componentes que forman nuestro cuerpo, ocurrió un milagro. Lázaro se levantó de su tumba y persiguiendo al camión guajolotero, exclamaba: "¡No privaticen PEMEX!"

—¡Emex! —sugirió Acho.

—Ayer hubo un accidente por aquí, tenga cuidado —dijo el vendedor de periódicos.

—¿Hubo heridos? —pregunté.

—No, sólo tres muertos. Pero heridos ni uno.

—Vaya, qué alivio.

Ahí junto al puesto de revistas, estaba también un local con un letrero en lámina que decía "Hamburguesas al cabrón" y junto a éste, un hombre conocido como el Cacahuatero Feliz.

“Cacahuates palomitas chicharrones. Si quiere ver al chamaco fuerte cachetón y sano, déle cacahuates desde temprano. Hay para todos, no se empujen, no se quede con las ganas por la pena. Cacahuates palomitas chicharrones...”

—¡Ante! —exclamó Acho a mis pies. Estiró su cuello intentando señalar un periódico de animales. Lo compré también y regresamos a casa.

De camino, vi muchos negocios nuevos: una vinatería llamada *La tripa del ajeno*; marisquería *Ay, Marisco, no te rajés*; una funeraria llamada *La viuda feliz*; al lado *Crematorio Joe: mátelos y quémelos*; panadería *El Negrito, calentito todos los días*; grupo de ayuda *El misántropo más sociable del mundo*; tienda de antigüedades *El faraón Tu—Tan—Kabron*; salón de fiestas *El Banquete del Salmón: hombres de frac, mujeres de largo y gordas de ancho*; restaurante *Champiñópolis*; sexshop *Atrastehueleaimperio* y en el cine tres películas clásicas: *Ceniciega: la chica que pierde su ojo de vidrio*, *El traje nuevo del Empalador* y *No le acaricies los huevos al tigre con el cubano Ramiro Castro*, famoso por su frase: “¡Putá madre, un muerto!”.

Llegamos a casa. Me senté con un café, un cigarrillo y abrí primero el periódico de los humanos. Realmente no vi nada que me llamara la atención. ¿Para qué fanfarronear y hacerle al “intelectual”?

Abrí entonces el periódico de animales y vaya de las cosas que se entera uno:

“RATÓN DE OJOS HINCHADOS APRESADO POR ASESINAR A GIGIO”.

“Era un maricón”, gritaba el ratón cuando la prensa intentó entrevistarlo. El ratón, cuyo nombre no quiso dar a conocer, era un aficionado a la lectura. Dijo que decidió estudiar con el fin de crear un plan para llegar a la luna y comérsela toda. En su proceso, descubrió la biografía de Gigio y después se dirigió al balcón de la calle Argentina para terminar con la vida del famoso ratón”.

Hubo uno que me llamó la atención: “CASA ABANDONADA EN EL LAGO DE GUADALUPE. INQUILINOS CREEN VER FANTASMAS”.

Inquilinos abandonan casa en el Lago de Guadalupe. La familia afirmó que su hija veía fantasmas. Su padre, quien se negó a dar su nombre, dijo:

“Ella estaba llorando y afirmaba que había algo en la ventana. Yo intenté calmarla, pero ya tenía noches así”.

Durante la madrugada, el hombre escuchó los gritos de su hija que provenían de la otra habitación. Afirmó que al entrar, un aire frío le erizó la piel. Después de intentar calmarla, el hombre escuchó ruidos al otro lado de la ventana. Y él miró.

“Era la forma de un enorme perro aullando. Por encima de su cabeza, volaba una golondrina decapitada”, afirmó.

La familia ha sido puesta a disposición del Centro de Salud Mental y Esquizofrenia de la ciudad.

La casa ha sido abandonada. Abogados buscarán testamento del dueño.

En otras noticias: “UN ANIMAL CON MUCHA GATONALIDAD”.

Se premia con medalla al valor a gato casero. La policía recibió una llamada de emergencia desde el domicilio de un tipo llamado Aquiles Brinco.

Los agentes comprobaron que nadie respondía y cuando volvieron a llamar tampoco obtuvieron respuesta. Decidieron entonces trasladarse al lugar y al entrar en el domicilio, se encontraron al gato junto al teléfono en el suelo de la sala. Brinco no pudo incorporarse de una caída de su silla de ruedas, debido a que está afectado por una apoplejía y padece osteoporosis. El hombre aseguró que el gato había sido entrenado, desde hacía tres años, para que llamara al 666, pero no estaba seguro de si la enseñanza había dado resultado. Ahora ya sabe que falló.

—Y dicen que los gatos son traicioneros —le dije a Acho.

—¡Ato!

—No, se dice *Gatos*. Athos está en el bar.

Acaricié la cabeza de Acho y entonces fijamos la atención en los avisos oportunos: “SE BUSCA BILIBRAMBO”.

Stephen King, autor de la novela La Torre Oscura, busca a un bilimbrambo que responde al nombre de Acho. Asegura que salió de su novela para pasarse a otra de un autor desconocido. Ofrece una buena recompensa.

—¡Ante, yo, yo!

—Sí, Acho. Ahora eres famoso. ¿Te quieres regresar ya a tu novela?

—¡No, Ante!

—Bien, entonces que sea nuestro secreto.

—¡Secreto, sí!

Entonces me quedé pensando en eso de ser escritor. O como el anuncio decía: *un autor*.

¿Qué es un autor?

Mientras le daba un trago a mi café, una mosca comenzó a fastidiarme la existencia. En algunas ocasiones intenté darle un zapatazo con lo que sólo conseguí, tirar dos cuadros y romper un florero.

De pronto escuché una vocecita que zumbaba con rapidez: “¿Qué es un autor? ¿Quién es un autor? ¿Yo soy un autor? ¡No sabe, no sabe!”.

Cuando reparé en aquella molestia, me acerqué al escritorio y vi a la mosca riéndose de mí.

—¿De qué te ríes, cabrona? —pregunté.

—De ti, de cómo te complicas la vida.

—Sí, porque tú no quieres ser escritor, por eso. Tú nada más te paras en la caca y molestas a las personas.

—Algo así —rió el insecto.

—Pues por mí, vete a la mierda.

—A ver, ya pues. Te ayudo.

—¿Tú?

—Por supuesto.

—¡Ja! Eso quiero verlo.

—Mira en el diccionario y busca la definición de autor.

Abrí el libro. Decía: “un autor es aquel que es causa de alguna cosa, persona que produce una obra especialmente literaria o musical. Causante.”

—¿Causante? —pregunté desconcertado. La mosca seguía riendo y zumbando en mi escritorio, cerca de la taza de café.

—¡No te pares en mi taza, carajo!

—¡Ay, ay, soy una nena! — exclamó el insecto

—¡No molestes!

—¿Qué es un autor? ¡No sabe, no sabe!

—¡Te voy a echar insecticida, cabrona!

—Y serás autor de un insecticida.

—Da igual.

—Y serás causante de la muerte de una mosquita que trata de ayudar a alguien neurótico con su misión.

—¡Yo sólo voy a ser autor de mis obras! —grité—. Voy a ser el creador de algo, una novela o algo así. Voy a dar origen a algo.

—Perfecto —zumbó la mosca—. Ahora puedo irme. Ya tienes la respuesta a tu pregunta.

Y se fue volando directito a la mierda.

Sí, quería hacer todo eso, dar vida a algo, contar una historia, muchas historias, contar los días, los meses y los años y convertirlos en poesía. Sin embargo, mi enfermedad iba en progreso. Al final de la tarde, me di por vencido. Otra vez, no pude escribir. Tenía muchos anuncios clasificados en mi cabeza.

—Necesito un trago —dije.

—¡Ago!

—Vamos, Acho.

Y regresamos al bar de Charlie con las ideas perdidas en la sala.

—Terminé.

—Por eso regresaste con nosotros, porque no podías escribir —dice Aramis.

—¡Questo quelotro...!

—¡Salud! —exclaman todos.

—Dante —dice el anciano Samuel—, ¿por qué no nos cuentas de ella?

—¿De quién? —preguntan los mosqueteros apuntando con sus ojos de revolver hacia mí.

—¡Ya Dante, no guardes silencio! —exclama el marinero y creo que es una buena idea. Así, saco el silencio de mi bolsa y comienzo a contarles...

—¿De quién?

—De Beatriz.

La casa de las locas

Mi primer amor no fue Beatriz. Fue otra mujer vestida con minifalda blanca y ciertos bemoles negros en el cinturón. Me sedujo con besos de pentagrama y durante años, acaricié sus piernas de compás. Nos cantábamos con la noche afinada en Re y sí, lo admito, la amé con arpegios de nostalgia. Incluso, me deslumbró con sus dedos de tormenta y su lengua de guitarra eléctrica.

Ahora me detengo a ver el polvo y *quién te cantará con esta guitarra*. Sí, mi guitarra tiene polvo en forma de arañas y recuerdos. Esa mujer, con su sonrisa de adagio, se dibuja de vez en cuando en cada esquina del espacio; todavía hay cenizas de aquel amor, y cada una de sus notas, cae de la urna de mis recuerdos en forma de Do, Re o Mí, depende cómo se vayan acomodando en el viento.

Así que me dediqué a regalar mi amor a todas las mujeres. Conocí a una que vivía en el bosque con siete hombres que trabajaban en una mina. La envenenó una manzana y le robaron el corazón de jabalí.

Luego conocí a una princesa, quien por pincharse el dedo, se quedó dormida muchos años y me pareció bastante perezosa como para que disfrutara de mis besos.

Me fui con otra que era amiga de los ratones, montaba en calabazas y usaba zapatillas de cristal, que hacían de los mocos congelados que se les desprendían a los cisnes cuando lloraban en invierno, pequeños diamantitos que ella usaba como collares.

Hubo otra a la que hice mi reina y nos vestimos de blanco en una cama de ajedrez, pero como la encontré con el rey negro, aquello fue un jaque mate al corazón.

También tuve un amor de oscuridad. Fui un vampiro para ella y quedé ciego ante su hermosura. Una noche, la encontré llorando lágrimas de ajo y con mis besos las bebí pensando que eran de sangre.

Me fui entonces a buscar a mar abierto, como lo había hecho el anciano Samuel, y encontré a una sirena cantando con su voz de hechicera y sus piernas de escamas junto a su amigo, el cangrejo cubano.

Caminé durante mucho tiempo a lo largo y ancho del desierto y encontré a otra buena mujer contándole cuentos al Sultán. Pero como hablaba mucho, su voz de historia me produjo mareos y me desvanecí sobre escorpiones que me hicieron tener una visión.

Apareció entonces un oasis de dos cuerpos desnudos, que se mecían bajo cobijas de arena y habitación. El viento pintaba dunas con sus dedos de serpiente, pero eran las piernas entrelazadas, las que movían en péndulo al desierto.

Se amaban en kilates de granito y cuando el orgasmo llegara, los amantes se levantarían en montañas que duermen y se sabrían diferentes.

Así se despiden los gigantes en cada ecuador, dejando como hotel de paso el edredón de arena y la tierra de escorpión. Un adiós pasajero que se transforma en praderas y cueva, escarcha y neblina.

Pero si por debajo de las grietas del desierto, nacieran raíces del color de un trébol enfermo de acné llamado brócoli, el silencio podría soñar con ser escuchado otra vez. Se volvería ruido y entendería lo que es el amor.

Fue así como amé de verdad y esa mujer tenía un nombre: Beatriz. La amé como el pintor ama el paisaje, como la noche a las estrellas, como el chango a su banana.

Entonces, me confesé: ¿cuántas veces le ha dicho un hombre a una mujer que la quiere? En todo tiempo, en toda época, el sentimiento es el mismo, pero cuando uno lo vive, cree que ha descubierto el hilo negro de la existencia. No me importa. Te quiero y quiero quererte sin promesas, sin el abismo del combate, sin que las mentiras se filtren en los besos. ¿Quién dijo que el amor no se escribe con tu nombre? Quiero quererte sin ayeres, sin que silencio rompa nuestra charla, sin que la charla corrompa esos instantes de miradas sin boca. Quiero quererte por ser tú. Me gustaría, sí, que lluevan las sonrisas y que galopen nuestros pechos. Que el amanecer nos encuentre con las piernas

enlazadas; tomar tu mano como se toma al viento. Quiero quererte y que la vida nos abrace hasta que el sol nos pinte de canas el mañana.

Cerrar los ojos es verte ser sonrisa de mármol, piel azteca, voz de ángel al desnudo, muslos labrados en los hexágonos de la noche, amatista, tiempo por donde escapa la luz. Es en ese instante donde todo puede ser, donde la poesía se convierte en mosaicos que conforman tu cuerpo. En los ojos púrpura de la noche se esconde una llama que arde, que clama por un instante de tu mirada. Si supieras que la niebla es yunque. Si en los poros de la ausencia vieras un ave, sabrías que cada verso es un mundo creado para ti.

En ese mar onírico somos artesanos de caricias y esculpimos el tiempo con un beso, un gemido, un abrazo. Nos alcanzamos a tocar en esta hoja en blanco donde puedo crearte con palabras. Te ama cada verso que se escribe, cada luna púrpura, cada ensueño, cada árbol, cada minuto que se desprende del tiempo. En cada beso, en cada gota, en cada promesa, nace una estrella queriendo ser instante. En cada respiro del sueño se crea un mundo, un vórtice de encuentro, posibilidades y puertas; esa otra tierra nos pertenece.

Las calles se doblan en deseo de ser pincel, dibujar tu cuerpo en la ciudad y ganarse una vida sobre el lienzo. Tal vez, fuimos amatistas en otra vida; quizá, por eso digo que te amo. Pero si nos volvemos a encontrar prometo ser el primero que te dedique la luna.

Mirémonos un instante, intercambiamos una sonrisa y dejemos que nuestras bocas escuchen el lenguaje de nuestros cuerpos. Porque mirarte es mirar el tiempo desde la puntita de una montaña y caer en el abismo de tus ojos. Mirarte es morir un instante y volverse eterno en tu sonrisa. Vale la pena morir así.

Mirarte es volver al asombro de la infancia que se robó el tiempo, ahí donde somos ave, cuerpo del mundo; extraviados diluidos en memoria que se vuelven rostros duros, desposeídos de inocencia; pero mirarte es nacer de nuevo y aunque nos volviera a separar la ola del tiempo, regresaría a esa infancia hasta que el universo se canse de crearnos.

Viviré en un cementerio en espiral y procuraré borrar recuerdos para nacer contigo en este instante. En tu cintura avanza un río, en sus ojos vuelan las aves, tus piernas son la razón del universo; en tu pelo descansa la noche y tu voz es oleaje de luna.

Y le dije que si sus ojos fueran veneno, bebería sin temor el cáliz de sus pupilas. Le dije que su nombre era el mundo y que era tan bonito cuando se pronunciaba con letras de colores. Le dije que sus labios eran el punto donde el arriba y el abajo se convierten en una mandarina para descender sobre las esquinas del mar hacia el mundo de cabeza.

—¡Y que ruede, Beatriz! ¡Déjalo rodar!

Y ella lo tomó entre sus manos y lo aventó sobre el suelo de madera e hizo una chuza en mi corazón. Y nos besamos entrelazados por un *split 5,7 10* e hicimos *spear* y la luna cayó sobre nosotros.

¿Te acuerdas, Beatriz: qué bonito era hacer estallar las amapolas entre los dientes de la noche?

Si viajar al cielo es dejar de amarte: ¡qué me condenen! Y si los demonios quieren: ¡que me abran el vientre desde la Patagonia hasta Montreal! (Más arriba, no, porque ahí le cantan los pingüinos a la Morsa). Prefiero viajar al limbo de tus ojos y ser el fantasma que te cubre con un manto de tormenta. Estallaríamos en lluvia y nuestros besos serían relámpagos en la nube.

Me preguntó si le escribiría versos, pero le dije que *amor* era una palabra que no me cabía en la pluma.

—Entonces que tus versos sean mi cárcel —me dijo.

Y la quise hacer eterna. La hice chiquita y la pinté en la hoja blanca, como si patinara seguida por las focas de mis ojos. Le dejé una nota en el refrigerador con la tinta de mis besos y le escribí: “*A veces pienso que tus ojos son un verso y que tú eres el poema, pero la verdad, es que ya me cansé de deshojarme la mente en busca de estrofas. ¡Es que no cabes en la poesía! Porque tú eres poesía y la poesía es vida y tú eres mi vida*”.

Y ella, para creerlo, se comió el papel y sintió mi amor en cada una de las avenidas que cruzaban los puentes de la ciudad de sus entrañas.

Descubrí con ella las Siete Maravillas del Mundo y se lo dije: “Le dedicaron tanto tiempo a la Esfinge que se olvidaron de tus ojos, tu sonrisa, tus manos, tus muslos, tu voz, tu recuerdo y tu ausencia. Maravillas todas ellas porque me permiten escribirte de vez en vez”.

Le dije que la imaginaba vestida de mar, que era la Mujer del Mar y que la playa le llegaba a medio muslo y que su piel era la arena. Que las olas de su falda se levantaban en maremoto con las manos del viento, descubriendo la delgada línea que divide lo inteligente de lo perverso. Y supe entonces que no era el Triángulo blanco de las Bermudas. Le dije que deseaba ser un barco que encallara en el golfo de sus piernas, que podía navegar su cuerpo y no encontrar tempestad. Podía ser serpiente y morderle los muslos sin que envenenara. Podía ser cascabel de su cuello y acariciarla con mi lengua de reptil. Podía ser bosque y delatar su desnudez de río, y acariciar sus piernas con hojas de otoño, y bañarle los labios con lluvia de invierno. Podía ser eso y más.

—Pero sólo deseo que tú seas luna y yo, el sol que te acompaña —le dije.

—Somos delfines en la ola —me respondió.

—Te amo, Beatriz.

—Te amo, Dante.

—Lo demás, dejémoslo al tiempo.

Y eso fue lo malo, dejarle las cosas al tiempo. Porque al principio, cada uno de los límites nocturnos se abrió en esferas de ciudad. Era como un mar de luces por donde circulaban las hormigas en automóviles de agencia y lotes baldíos. Era nuestro mar de luces, donde ella y yo cabíamos sin necesidad de una embarcación.

Beatriz y equipaje

Pero un día, la luz de nuestro mar dejó de funcionar y pensé que si le cambiaba el foco, sería todo como antes. Pero los años se empaparon de tempestades. Y nos empezamos a gritar con la vajilla de los abuelos. Nos emborrachábamos de monotonía y hasta los azulejos del baño nos parecían sucios y desgastados. Al principio, pensamos que era el sarro, pero nos dimos cuenta que era la costumbre de mirar el mismo jabón todos los días. Y un día nos enojamos tanto que nos hicimos contraste. Mientras permanecíamos sentados en la cama, discutiendo, dos sombras proyectadas en la pared, hacían el amor.

Pero no fue suficiente. ¡Dios, de verdad que no fue suficiente! Porque un día, así de pronto, ella se fue.

—¡Me voy! —gritó desde el caimán.

Yo lloré mucho, pero para que no se diera cuenta, me puse una máscara que había comprado para la noche de brujas y también le grité, como si le pidiera mi calaverita.

—Vete pues con tu exceso de equipaje y tu sonrisa de mosca muerta. Vete y llévate contigo los versos que te di, mis desvelos y el florero de tu madre. Yo me quedo con mi soledad en la bañera, con la espuma del shampoo y con el apio y la cebolla. Llévate tu indiferencia y la casita del perro. Y no pongas cara de codorniz. El perro me lo quedo yo. Llévate los platos en rebaja que nunca usaste y déjame el pañuelo con el que lloraste ayer. Llévate la sala, la pecera y nuestros sueños, pero me firmas un cheque por cada uno de los besos que te di. No te olvides de tu licor, arpía de cantina, pero déjame el vino con el que bañé de noche tu cuerpo. Llévate mi corazón pero me dejas tus ojos para beberme tus lágrimas y untarlas como mantequilla en el pan amargo de tu recuerdo. ¡Ah! Y no te olvides de cerrar la puerta al salir. Llévate el auto, pero me dejas la llanta de refacción.

Lo peor de todo es que ni perro tenía. Así que me quedé viendo televisión y comiendo croquetas para cachorro. Y comencé a estornudar y como estaba deprimido, dejé que el corazón se llenara de moco y tristeza.

Me disfracé de atardecer soleado para verte desnuda en el pico de un albatros. Fui tarde de nubes para ocultar tus lágrimas y que no destruyera la morada del colibrí. Fui tarde de viento para mecer tu cabello y que el gorrión se animara a volar. Fui tarde de frío para arroparte y que se le quitara la escarcha a los pingüinos. Y un día se me hizo tarde, o más bien, se me olvidó ser tarde de besos y tú, valiente urraca, me arrancaste del agua como la gaviota que se roba al pez.

Pensé en mandarle una rosa y me acordé de nuestro mar. La guardé en una botella y un albatros me ayudó a llevarla y entonces me acordé del viejo Samuel.

—Coleridge se inspiró en mí para un poema —nos dijo esa vez.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Aramis.

—Porque yo maté al albatros.

Lo bueno es que no fue el albatros quien llevó mi rosa. A ése se lo bebió el mar. Pero sí recuerdo que volé como él y caí muy profundo en un abismo de músculos y nervios. *Trescientos metros, trescientas toneladas*. Me sentí frustrado, como un submarino que quiere alcanzar las nubes o como un tren que quiere correr en otros lugares que no sean los rieles. Viví mi propia extinción; porque me convertí en un dinosaurio que se colgó del cometa pensando que era Beatriz. ¡Pero es que tenía tantas ganas de soñar!

Me hubiera gustado hincarme delante de ti y regalarte una florecita, y decirte que se la robé a una campesina del jardín que llevaba azúcar para sus hormigas. Me hubiera gustado darte esa carta que escribí en la biblioteca del ratón, el que tenía los ojos hinchados de tanto leer.

Y entonces rompimos las memorias.

Yo rompí la foto de Beatriz, donde ella aparecía rompiendo mi foto, en la cual, yo aparecía rompiendo la foto de Beatriz. Una cadena interminable de recuerdos tirados a la basura.

De aquella manera, el caimán debajo de mi almohada me habló de ti y de la bella noche. No me dijo dónde estabas, pero imaginé que hacíamos el amor entre huesos y calaveras, entre recuerdos y vacío, entre lumbre y hojarasca: la cara oculta de la luna, un respiro del silencio, la silueta de una mujer llamada Ausencia.

Quise tomar de mi taza de café, esa donde se había parado la mosca y por un momento, creí ver el reflejo de tu dulce rostro en el café.

¡Qué ingenuo, volví a derramar el azúcar!

Pensé que una cerveza me relajara. Total, esas no se enojaban y calladitas se veían más bonitas. Me fui al bar de Charlie, tal vez era lo mejor. El Dinosaurio, Samuel y los tres mosqueteros conversaban.

—Vivo para ella —les decía Aramís.

—Y, ¿cuándo podremos conocer a la afortunada? —preguntaron ustedes.

—Es que Camila no es una mujer.

Ustedes abrieron los ojos como si se les fueran a escurrir los párpados.

—No es lo que piensan, amigos —dijo Aramís levantando su tarro—. Camila es la solitaria que vive en mis entrañas.

Entonces se levantó. Se inclinó hacia nosotros y su culo nos recitó un breve y hermoso poema: *Trompeta de azufre. Se me escapa la vida.*

Todos aplaudieron.

—Precioso, precioso —decía Athos quitándose una lágrima de las lagañas.

Me sentí triste de ver aquella unión tan natural. Y por la desesperación comencé a comerme los dedos. Y entonces me acordé de ti, Beatriz y supe que te había perdido para siempre.

Habito en la ausencia de tus ojos, de lo vivido, lo soñado, el hubiera y lo que nunca fue. Sigo creyendo que tu sonrisa es el motivo de la eternidad: me hace existir y querer habitarte, aunque tus ojos no quieran verme más.

A veces, la tristeza empala moscas en alfileres de ocasión. Busca una rendija para mirarle la ropa interior a los ayeres. Se filtra por las sombras y se acuesta al lado del silencio. En ocasiones, se le ocurre decirse adiós en el espejo, o vestirse de negro, y dejar senderos de pantufla por la casa. A veces viene y me visita, me da los buenos días y me colma el plato de sinsabores. Cómo chinga la tristeza cuando tu ausencia me llena.

Insectos somos. Escorpiones púrpura, un rostro de libélulas, una colmena. Los ojos de la noche parpadean luciérnagas. Ala de avispa forjada en el cuello de una mujer. El universo se desnuda con manos de abeja y se aprieta en nubes de aguijón para robarle un beso de catarina a los muslos de la amante. Ponzoña, tarántulas en el ocaso, los recuerdos vuelan convertidos en moscas y todo lo que queda es un insecticida de lo que pudo ser el amor.

Eres mujer conjugada en pasado y tu nombre se escribe con letras que duelen. Por eso creo que decirte adiós es recordarte bella, y desear una sonrisa cuando te sepa acompañada. Decirte adiós es cerrar los ojos al ayer y aspirar la incertidumbre del camino. Decirte adiós es limpiar de sombras la memoria, de promesas no cumplidas, de regalos empolvados. Decirte adiós es evitar el derrumbe, el ocaso de momentos que no fueron en tiempo. Decirte adiós es aceptar, simplemente, que el amor se nos murió.

Qué negligentes fueron los dioses, pudimos ser eclipse.

Nos robaron la vida

—Y, ¿qué pasó después? —preguntan mis amigos en el bar.

Después de cosechar mis dedos, salieron con pétalos de epidermis nueva y decidí que era momento de ir a ver a David y a Genoveva a la casa del lago. Con el paso de los días, supe que las cosas suceden por algo. Aunque me condené por pensar así. Las sorpresas no sólo suceden en los cumpleaños.

Y por otra parte, el hecho de que Beatriz y yo nos separáramos sirvió para pasar unos días muy agradables con ellos, mis creadores.

Llegué cabizbajo a la casa. Era viernes por la noche y David, mi padre, estaba viendo un partido de futbol. Me acordé de los últimos meses juntos. Genoveva había viajado en su escoba cruzando el charco por donde pasan los gigantes y llegó a España, donde conoció varias ciudades: Barcelona, Madrid, Salamanca, Valladolid, el Valle de Escalona, Galicia y el Castillo. No sé cuál, pero el Castillo. Así con mayúsculas. Mientras, David y yo nos quedamos en casa. Él salía a trabajar y yo me quedaba bebiéndome la mañana dentro de una botella de cerveza. “Caguama del augurio, quiero beber más allá de lo evidente”, y parecía como si tomara entre mis manos la espada de los *Felinos Cósmicos* y la transformara en cebada. Seguía teniendo el complejo de héroe y mártir. Entonces me crucifiqué todos los días en una cruz de ginebra y mezcal. Coloqué en mi cabeza una corona de nicotina que espinaba mi cerebro cada vez que abusaba de mi reinado. Y resucité al tercer trago. Y subí y me senté a la derecha de mi padre, la tercer semana de junio y vimos un juego de futbol, el mejor de México contra Brasil. “Qué gran Día del Padre”, me dijo David emocionado, “con un buen partido de México y contigo a mi lado”. Y nos abrazamos y nos hicimos amigos. Y viajamos a Guanajuato al velorio de la abuela, la que había conquistado al Popocatepetl y al Iztaccíhuatl en su juventud. Y sus cenizas regresaron al volcán en *La Noche del Caos* y se hizo eterna. Y esto fue después de que me acomodaran las tripas, porque se les había ocurrido viajar hacia mis piernas. El doctor dijo que me había puesto cemento hecho de músculos y grasa para que no volviera a pasar la humedad. Y llegó el Día del Padre y

vimos ese juego y vinieron Athos, Porthos y Aramis a la casa y lo conocieron. Y David, filósofo de vino, se hizo amigo de todos. Y lo quisieron. Y yo quise ser músico y David me dijo: “yo te ayudo a hacer tu música pero no asesines a la guitarra”. Y mi guitarra lloró como la de George Harrison. “While my guitar gently weeps”. Así nomás. Y me di cuenta que David era la única persona que creía en las hachas en forma de acordes y música. Y quise seguir adelante.

Y llegué a casa, esa tarde de viernes en la que David veía un partido de futbol entre México y Guatemala. Parecía otro México. Apagado, triste, conquistado. La historia de todos nosotros se repetía. Y el azteca se disolvía ante la mediocridad y el conformismo. Nos enojamos, celebramos y nos emborrachamos.

Llegó el sábado. El primer sábado sin ti, Beatriz, y David me detuvo y me dijo: “si quieres hablar, sabes que cuentas conmigo”. Y vimos Star Wars, y me dijo: “vamos a celebrar”.

“Todavía no”, le dije. “Me aceptaron como estudiante de escritor”. Y David me abrazó y me dijo: “me siento muy orgulloso de ti, te invito unas cervezas, para que seas héroe por una noche”. Y me sentí grande como las cobijas del desierto y nos bebimos el mar. ¡Y fuimos amigos, maldita sea!

Y después de ver Star Wars, nos dormimos. Y no me sentí solo. No recordaba quién eras, Beatriz. Porque mis mosqueteros y David estaban ahí para abrazarme con sus manos de amistad.

Y el domingo, David le preparó el desayuno a Genoveva, quien se sorprendió tanto que dejó caer el caldero y se dejó hechizar por el calor de David.

Y David nos regaló sus chilaquiles y me enseñó a cortar las tortillas en cuadrillos iguales para que cupieran en la geometría del sartén, le pusimos cristales a la cebolla y le echamos carcajadas de jitomate. Y fuimos amigos. ¡Maldita sea, fuimos amigos por un instante!

Y llegó la noche y le dije: “gracias, amigo, porque no me siento solo y ya no me acuerdo de Beatriz”.

“Te queremos”, respondió en nombre de Genoveva y de David, o sea de él mismo.

Y le dije: “mañana comienzo mi vida como escritor”.

Y me dijo: “yo voy por ti a la ciudad del Coyote y te devuelvo a casa”.

“No”, le dije. “Vas a dar la vuelta al mundo en dos horas. Mejor vete a casa y yo te alcanzo saltando”.

“No, yo voy por ti. Mañana agendamos la continuación de nuestra amistad”, me dijo.

Y amanecí un lunes 11 de julio y desperté como el niño ansioso por ver los regalos de Santa Claus y me dije: “es mi primer día de clases como escritor”. Y Santa Claus me trajo un regalo vestido de muerte y desde entonces no dejó de cazar al maricón de Rodolfo todas las Noches Buenas que transitan ante mis ojos.

Porque esa mañana abrí mi regalo y Genoveva me gritó desde su escoba: “¡Dante, Dante!”.

—¡Ante, Ante!

—Sí, Acho. Así me grito: “¡Dante, Dante!”.

Y yo subí con la pereza de todos los días, pensando que me enviaría a la Brujería a comprar hierbas para sus hechizos. Y cuál fue mi sorpresa al subir por las escaleras de su escoba, que le contesté: “Qué pasa, Brujita, es muy temprano.”

“¡Sube, algo le pasó a tu papá!”.

Entonces subí por la escalera al cielo, pero fue muy tarde. Ya no lo alcancé. David estaba con los ojos petrificados en la nada y yo le gritaba: “David, David... papá...”

¡PAPÁ!” Pero papá ya no se movió. Se quedó muy quietecito. Pensé que le había dado flojera ir a trabajar y le dije: “pa’, ya es tarde”. Pero tarde había llegado yo a su vuelo, y quise tirar el mundo por la ventana pero todo fue en vano.

Genoveva y yo le hicimos un sepulcro de cristal en el corazón.

Qué ocurrencia la tuya haber mirado a otro lado cuando pasaba el futuro frente a nosotros. Qué ocurrencia la tuya haber corrido cuando nuestra meta era caminar. Qué ocurrencia la tuya haber mirado el ocaso al norte cuando amanecía en el sur. Qué ocurrencia la tuya irte antes de conocer a Acho y corre que te atrapo con un *miau*. Qué ocurrencia la tuya no haber leído mis libros, buenos o malos, pero libros al fin. Qué ocurrencia la tuya haber apagado la vela antes de que regresara la luz. Qué ocurrencia la tuya haber apagado el televisor cuando las Chivas se hicieron campeones, años después. Qué ocurrencia la tuya haberme dejado con esta ausencia, con tus susurros, tu aroma y las promesas sin firmar.

Y Genoveva, como era una bruja, decidió volar. Y voló y voló. Decían las malas lenguas que existía un callejón donde las brujas se reunían. La bruja mayor era una anciana enfermiza, que hacía brebajes con sabor a sapo, veneno de escorpión y gargajos de mentiras para los duelistas. Pero como a Genoveva no le gustaba la chusma decidió ir a la tierra de Saudade.

Pero eso sí, antes de irse me dijo: “si sales déjame un recado” y lo hice. Me encontraron en el cuarto, tendido en la alfombra, bañado en sangre y con un recado entre mis pies que rezaba: “fui a alcanzar a mi papá.”

Y entonces me vino una idea a la cabeza: “¿qué pensaré cuando me muera?”. Me tardé tanto en decidirlo que cuando me di cuenta, ya estaba muerto.

Así, me perdí en el umbral de la locura buscando la puerta de regreso.

8

Espejito espejito

Y así fue como David, mi amigo, se convirtió en Thot (con Hache, por favor).

Cuando desperté dentro de mi propia tumba vi la geometría pintada en mis brazos con navajas de nostalgia. Me sentí frustrado. Destrocé mis manos (mis dedos no porque ya me los había comido) y se convirtieron en dos enormes cebollas moradas.

Así, el tiempo de la cosecha estuvo terminado. Las cebollas crecieron, las corté y las exprimí en mis pupilas. La niña de mis ojos, llamada Beatriz, me gritaba “no, no, por favor, arde”. “Pues éste es el infierno, amor”, le dije. Y dejé que la cebolla se comiera en gajos todos los componentes de mi sistema ocular.

Como vi que no funcionó para calmar mi dolor, y que seguía siendo un fantasma de mí mismo, regresé al bar de Charlie, no sin antes mirar de reojo a Dante al otro lado del espejo, en la habitación real. Pero antes de que parpadeara, me introduje de nuevo en el espacio oscuro y caminé hasta la cantina.

Una lágrima descendió sobre su mejilla, y aquí, al otro lado del espejo, llovió toda la noche.

No me importaba. Yo estaba ebrio, y deambulé por las esquinas del átomo, y a todos los neutrones que veía les preguntaba: “disculpen, ¿dónde está Real Paraíso esquina con Edén? Es que ando purgatoriendo y estoy perdido”.

Nadie me respondió.

Por eso, regresé con los muchachos a seguir embruteciéndome con mi tristeza.

Dante está enfermo

La puerta se abrió de par a impar.

—¡Hey! ¡Miren quien llegó! —gritó Athos.

—¡Questo quelotro: salud! —exclamó Porthos.

—¡Salud! —celebró Aramis.

Samuel andaba de filósofo, como siempre. Y andaba filoso, porque cualquier cucaracha que pasaba por ahí, la convertía en Venus, con su visión de Elefante Rosa y le acariciaba el orgullo en forma de minifalda. A mí me dieron ganas de jugar al filósofo y dije: “Hoy no me suicido. Mañana sí. Pero habrá que recordarlo todos los días”.

—¡Ay, no mames! —exclamó el Dinosaurio.

—¡No le busques chichis a la hormiga! —exclamó Athos.

—¡Y no le acaricies los huevos al tigre! —exclamó Porthos.

—¡Esas son mamadas y ni siquiera donde van! —exclamó Aramis.

—La comedia surge del dolor —dijo Samuel, como monologando a la manera de los clásicos.

Fue en ese momento cuando les conté sobre el día que había decidido ser escritor, sobre Beatriz y sobre David.

Y en tiempo presente, estornudé.

—¡Achú! —estornudo.

—¡Acho! —corrige Acho.

—Salud —dice alguien.

—¿Salud? ¿Salud? —pregunta una voz.

—Sí, salud —responde otra.

—¡Questo quelotro: salud! —gritamos todos.

—¡Oye, mesero! —grita el Dinosaurio al mesero—. Tráeme una gordita de chicharrón con helado de vainilla.

—¿Aparte el helado? —pregunta el mesero con cara de topo.

—¡No, pendejo! La quiero encima de la gordita, ¡encima!

—¡Y *córrele porque tengo sed!* — exclama Samuel—. ¡Ah, chingá! Eso yo lo leí en alguna parte.

—*Viajeros en el Umbral* — decimos Charlie y yo.

—¿En el umbral? No, no... en un libro —dice Samuel.

—¡Por eso! —insistimos—. El autor se llama Luis Fernando Escalona.

—Pero ese cabrón no forma parte de esta historia —dice Samuel enojado—, Así que chingue a su madre.

—¡En la madre! —exclamamos Charlie y yo.

—Oigan —dice el Dinosaurio—. Vamos a jugar al muertito y a los buitres.

—¡Sí, sí! —responden los mosqueteros.

—¡Ven Dante! ¡Es divertido!

—Pero yo no me siento bien.

—¿Qué tienes? —preguntan.

—Padezco Bartlevismo.

Todos se levantan tan rápidos como pueden y me llevan a la cruz roja, a la azul, a la verde y a la amarilla, y todos van cantando:

ATHOS: Yo soy la ficha verde.

PORTHOS: Yo soy la ficha azul.

ARAMIS: ¡Parchís, chís, chís! ¡Parchís, chís, chís!

EL DINOSAURIO: Es el líquido amarillo que te sale por ahí.

Y con ese ritmo les digo que no quiero doctores.

—¿Por qué no?

—Por eso —respondo señalando al consultorio del psicoanalista: “Estoy triste, doctor. Me siento incompleto”, le dice su paciente, un cadáver desmembrado.

—Tiene razón —afirman Athos y Porthos.

—Y, ¿entonces? —pregunta Aramis.

—Juguemos al teatro — sugiere el anciano Samuel.

—¡Sí! ¡Salud! —exclaman los mosqueteros y regresamos al bar tan rápido como podemos.

El Dinosaurio se limita a dormir.

—Yo seré un vendedor de seguros —les digo.

—Yo, un policía —dice Samuel.

—¡Nosotros el público! —dicen los mosqueteros.

—¡Zzz! —ronca el Dinosaurio.

Primera llamada...

Segunda llamada...

Tercera llamada...

Ring, ring

Comenzamos.

Aplausos.

Juguemos al teatro

Un parque en la noche. Hay una banca de color verde, un farol prendido con luz tenue y hojas secas tiradas al azar. La escenografía podría ser una manta que ilustre el fondo del parque, algunos edificios y la ciudad de noche. La luz del escenario será tenue también.

Por el lado derecho del escenario, el Oficial Samuel entra silbando. Camina despacio pero con cierta alegría y seguridad, agitando una macana. En la otra mano tiene una linterna prendida con la que apunta a varios lugares al azar. Viste de policía común. Se detiene a un lado del farol y saca un cigarrillo de su bolsa. Deja de silbar. Prende el cigarrillo. Se queda unos momentos recargado en el farol y mira a todas partes, vigilando.

Por el mismo lado derecho entra Dante. Viste traje de color café, que le queda ligeramente grande. Lleva la camisa desfajada. Camina con lentitud, casi arrastrando los pies. Mira a todas partes con cierta indiferencia. Tiene el cabello desarreglado, es delgado y no lleva bigote. Puede ser que tenga ojeras ligeramente marcadas para agudizar su aspecto demacrado. Dante mira al oficial y se le acerca.

DANTE.- (*Con voz débil*) Buenas noches oficial.

El Oficial Samuel lo mira con desconfianza de arriba abajo.

OFICIAL SAMUEL.- Buenas.

DANTE.- Disculpe... ¿podría regalarme uno de esos? (*Señala el cigarro*).

El oficial hace un gesto de fastidio, saca la cajetilla y se la da. Dante se pone un cigarro en la boca y le devuelve la cajetilla que guarda el oficial. Dante se le queda mirando.

OFICIAL SAMUEL.- ¿Sí?

DANTE.- ¿Me presta su encendedor?

El oficial vuelve a hacer un gesto de fastidio, saca su encendedor y lo prende. Dante se tiene que acercar y apenas logra prender su cigarro. El oficial guarda su encendedor.

DANTE.- Gracias.

El oficial no lo mira. Dante se sienta en la banca y fuma.

DANTE.- Bonita noche.

El oficial no responde.

DANTE.- ¿Le puedo hacer una pregunta?

OFICIAL SAMUEL.- (*Fastidiado*) ¿Qué quiere?

DANTE.- ¿Le gusta su trabajo?

OFICIAL SAMUEL.- ¿Es que no tiene nada mejor que hacer?

DANTE.- (*Pensativo*) No, la verdad que no.

OFICIAL SAMUEL.- Entonces vaya a molestar a alguien más, yo estoy trabajando.

DANTE.- ¡Qué envidia!

El oficial lo mira.

OFICIAL SAMUEL.- ¿Por qué?

DANTE.- Me encantaría que me pagaran por no hacer nada.

OFICIAL SAMUEL.- (*Se voltea por completo*) ¿Qué dice usted?

DANTE.- Debe ser fabuloso que le paguen a uno por estar parada junto a una farola mientras fuma. Yo estoy igual que usted aquí y no me pagan por eso.

OFICIAL SAMUEL.- Si se está burlando...

DANTE.- No, no me burlo, oficial.

Dante le extiende la mano. El oficial lo mira con desprecio, tira su cigarro y lo apaga con el pie. Dante baja la mano y fuma.

DANTE.- Bueno, no ha respondido a mi pregunta, oficial.

OFICIAL SAMUEL.- Carajo, ¿cuál pregunta?

DANTE.- ¡Quién fuera usted! Le pagan por no hacer nada y cuando alguien viene con ganas de platicar, usted se enoja. Me gustaría tener el poder que usted tiene, ¿sabe?

Silencio. El oficial hace un movimiento como si se quisiera ir.

DANTE.- (*Levantando la voz*) ¿Le gusta o no su trabajo?

El oficial se regresa con violencia.

OFICIAL SAMUEL.- (*Cínico*) Sí, sí me gusta. Pero no me gusta que cualquier tipejo venga y...

DANTE.- (*Con la voz cansada como al principio*) Lo siento. Hoy fue un día difícil, ¿sabe?

Silencio.

DANTE.- Hoy me enojé con Beatriz... ¡Ah, porque tengo esposa! (*Pausa*) Usted, ¿tiene familia?

OFICIAL SAMUEL.- Sí, sí tengo.

DANTE.- Yo tengo familia, una esposa, tres hijos y un perro. ¡Pinche perro! Bueno, la cosa es que me enojé con ella. ¡Ojalá le pagaran a uno por enojarse con la esposa... y con el jefe, y con los compañeros de trabajo! La cosa es que nos enojamos. Antes nos gritábamos, ¿sabe? Y siempre me hacía sentir culpable. Ya sabe cómo son. Amor, ¿qué tienes? Y ella con su cara de indignada: No, nada, no tengo nada. Y hasta que no la saca uno de quicio y todo vuelve a empezar. Bueno, pues como ya no le grito ni nada, se enoja por eso, dice que ya no me importa nada y bla bla bla (*ridiculizando*). Pero es que si ella supiera.

Dante intenta darle la última fumada a su cigarro, al ver que casi llegó al filtro lo tira y lo pisa.

DANTE.- Se supone que yo no iba a trabajar ahí siempre. ¡Ah, porque vendo seguros! Se supone que yo trabajaría ahí hasta que la situación mejorara, porque yo me quería dedicar a otra cosa, al arte o algo así. Antes escribía, pero ya no. ¿Para qué?, dice mi esposa. Pero uno sigue aferrado y de pronto se detiene y se da cuenta que ya tiene una cierta edad y que no ha hecho nada de su vida... sólo traer dinero a la casa para la familia... y para el pinche perro. Detesto a ese perro cabrón. (*En tono de burla*) ¡Ay, papi, cómpranos un perrito, mira qué lindo! Perro cagón. Y, ¿quién tiene que limpiarlo? Dante. Porque la señora no... ¡cómo va a limpiar un trozo de caca! Le da asco... y a mis hijos también... por eso yo lo limpié. Y yo, ni perro quería (*Se ríe*).

Silencio. El oficial se ha vuelto a recargar en el farol.

OFICIAL SAMUEL.-Debería pedir ayuda.

DANTE.- Pero eso cuesta dinero, ¿sabe? Por eso mejor salí a caminar. Ahí te escuchan, te dicen que le sonrías a la vida... y hay otros peores que te dicen que te acerques a Dios. ¡Mis pelotas! Dios es injusto.... es como la policía... sin ofender.

OFICIAL SAMUEL.- (*Molesto*) ¡Oiga usted nada más me ha quitado el tiempo con sus historias y todavía me ofende!

DANTE.- Yo no le dije a usted que era un tipejo.

Silencio. El oficial busca algo que decir.

DANTE.- ¿Sabe qué es lo que quiero? ¿Lo que realmente quiero?

El oficial lo mira sin responder.

Dante se sienta derecho, mira hacia el frente con cierta esperanza y dramatiza su respuesta.

DANTE.- Quiero la libertad.

El oficial lo mira como si estuviera loco y hace una mueca de “Ay no ma”. Busca la cajetilla y los cigarrillos en sus bolsas mientras habla Dante.

DANTE.- ¡Sí, eso quiero! Quiero ser libre y no tener que preocuparme de un jefe explotador, una esposa histérica, tres hijos gritones... y un perro cagón. Ojalá hubiera seguros para los que desperdician la vida... imagínese: lo aseguran a uno y le devuelven el tiempo perdido. (*Pausa*). Y yo que vendo seguros. (*Se ríe*). Eso es lo que quiero (*Se levanta y mira a la lejanía*). Ser libre.

El encendedor se le cae al oficial. Se agacha y lo busca entre las hojas. Dante se le queda mirando, se acerca con disimulo y le da una patada en el trasero. El oficial emite un gemido mientras cae.

Dante se queda de pie esperando.

DANTE.- Creo que ya me siento mejor.

El oficial se levanta con violencia. Se acerca a Dante, lo voltea y le pone las esposas.

OFICIAL SAMUEL.- (*Gritando*) ¡A ver si tiene un seguro que lo saque de la cárcel!

Dante se deja llevar por el oficial.

DANTE.- Libertad... ¡allá voy!

Salen.

Telón.

Aplausos.

—¡Ahora sé lo que tiene el pobre Dante! —dice Athos.

—¡Qué horror tener esa apatía! —exclama Porthos.

—¡Pobre hombre, ojalá se recupere! —dice Aramis.

—¡Se recuperará! —dice Samuel.

—¡Perará! —ladra Acho.

—¡Me recuperaré! —digo.

—¡Zzz!

—Bueno, me voy —vuelvo a decir.

—¿Vas a ver a tus hijos? —pregunta Athos.

—No, tarado, ese era el personaje de la obra —dice Porthos.

—¡Ah! —exclama Athos.

—Baboso —espeta Aramis.

Y cuando el Dinosaurio despertó, yo ya no estaba ahí.

Un ángel en la noche

A veces, tengo pensamientos que se pierden como cardumen en la red de tu sonrisa, y te persiguen como si fueras la carnada de un sueño.

Pero tu silencio rompió un instante entre nosotros (hoy, los otros), y se desbordó el mar que labramos con delfines.

Huesos de charales, pirañas que se retuercen en el sol convertido en un charco de recuerdos. Pero si fuiste espejismo, ¿por qué te creas una y otra vez en mi desierto?

Te marchas con un “adiós”, dejando abierta la ciudad mientras te vuelves sombra. ¿Cuántos años esperamos este instante que es incertidumbre de recuerdo, ausencia del ayer? ¿Qué diría el tiempo si le quitaras “el hubiera” y juntáramos un beso en lugar del “hasta luego”?

Hay silencio entre tu piel y mi piel.

Te marchas, y dejas latiendo este momento en el pecho púrpura de la noche, una noche que debió ser huella, camino o manos entrelazadas.

Te marchas del mundo, te marchas de mí.

Te marchas, pero siempre estás presente.

Tiene el silencio sabor a ti, aquellas calles que me habitan sin tu presencia siguen respirando noches de hubiera y pudo ser.

Tiene el silencio sabor a ti, aquel parque que se hizo cómplice, desprende los sueños de otoño: cicatrices del tiempo.

Tiene el silencio sabor a ti porque nuestros nombres fueron escritos con distancia.

Tú sueñas... y yo sueño que quiero volver a soñar contigo. Y entonces pienso que me gustaría hacerte una cama de nueces y sentir tus besos sabor a almendras.

—¡Ahuates!

—No, Acho. Esos son del Cacahuatero Feliz.

—¡Eliz!

Guardaré tu ausencia en el armario, en las sonrisas y el recuerdo. La abrazaré por las noches y procuraré besarla para que duerma tranquila. Le prepararé un desayuno de colores, como esos que te gustan, bajo en grasas. Quitaré el polvo de la estancia, ese que se ha acumulado con tu silencio. Compraré un sofá para imaginar que soñamos una vida, una vida que nos robaron. Procuraré sonreírle a la luna y esperaré. Guardaré tu ausencia hasta que decidas regresar.

A veces te imagino triste, Beatriz, y pienso que se deshacen las costuras de una nube cuando lloras y que estás como ausente en los silbidos del viento.

¿Ves que también puedo ser cursi?

Ensayemos una noche y soñemos en los párpados del mundo. Que en silencio hablen nuestros ojos. Inventemos un lenguaje. Habitemos un río, seamos oleaje y espesura, seamos sol y tormenta, lluvia en las rocas. Seamos arándano, que no quepa la amargura ahí donde se mece la noche. Dejemos de ser ausencia.

Deja que vuele mi corazón a tu sonrisa y te escriba una noche de poesía. Imagina que tu pelo se acomoda entre mis brazos. Te miro y el mundo es más hermoso. Tus labios caben en los míos y no lo sabes. Te amo y no lo sabes. Te aman mis silencios. Te aman las veredas nocturnas de la pluma y el papel. Te ama el colibrí de mi ventana. El amor es espiral cuando te veo y para no olvidarte hice un recuerdo.

De niños, solíamos acariciar nubes. Te canté una cascada en La menor y los acordes se hicieron espuma. Luego...luego tuve miedo de nombrar al amor.

Quería pensar que estabas columpiándote en alguna estrella cerca de Saturno. Y giré mi cabeza hacia el cielo y la puse en un pilar para que no se me cansara el cuello mientras observaba.

Y entonces, creí perderme en la noche de tu pelo, el que parece un reptil que acaricia tu espalda blanca. Eres el ángel de mi noche y en los ecos de mi sueño escucho tu voz que me cobija, y siento tus alas guardianas muy cerca de mí. Las pesadillas se van cuando apareces en forma de humo, pero tu canto queda y persiste como ninfa en remolino. Y cuando despierto, el silencio de tu ausencia se convierte en fauces de una pesadilla llamada realidad.

Por eso, me propongo que, cada vez que la silueta de la noche descienda sobre el atardecer canela de tus hombros, sabré que hay un motivo para sonreír. Pero hasta que eso suceda, espero sentado en la imagen de tus piernas.

Los antropomorfos

Acho cantó conmigo la canción de la noche, pero la voz de ella nos cubrió y fue como nuestra guía. Supe que teníamos que partir y alejarnos del tiempo (durante un tiempo).

—Me gusta viajar en metro —le dije al bilibrambo.

—¡Etro!

Y eso hicimos, nos fuimos a viajar en metro para disipar la tristeza. O al menos intentarlo. A ver si se quedaba por ahí, atorada entre los rieles.

Me hubiera gustado viajar por la línea 4, la que tiene ese color sin nombre que tanto me gusta y que va por la ciudad desde la falda de Santa Anita hasta las barbas de Martín Carrera. Pero no. Nos fuimos a Tacuba por la línea 2, la de color azul.

Resulta que cuando uno entra al metro, el mundo exterior deja de existir. Tal vez, eso no lo piense la gente que entra y sale de los andenes; siempre presurosa, sin mirar unos ojos extraños, sin detenerse a pensar que el túnel es una puerta a otras posibilidades.

Hoy como siempre, el metro está lleno. Hay mucha gente parada a lo largo de los nueve vagones. Hay una chica muy hermosa: cabello castaño y piel blanca. Va una señora con ella, quien le habla; la chica busca el sonido, como dándole forma en su mente. La señora le hace tocar las cosas y ella se aferra al tacto. Sus ojos son dos esmeraldas congeladas. Sonríe y parece que sueña.

Sí, ella sueña. Y yo sigo soñando que quiero volver a soñar con ella, con Beatriz. A veces pienso que los ciegos hablan con ellos mismos para no sentirse tan solos. Y uno tan solo de sí mismo.

No puedo dejar de verla. El túnel corre en sentido contrario y el reflejo de su rostro permanece en el mismo lugar. La deformidad es una manifestación de la belleza.

El tren hace su parada en Panteones, como si fuera una señal. La próxima estación es Tacuba, una de las más conflictivas por tener correspondencia con la línea 7, la de color naranja. En el túnel hay un resplandor que espera. Cuando el metro cruza, se agita violentamente, como si la vía bajo las llantas lo levantara.

Cuando el tren cruza la luz se descarrila y cae en otro mundo.

Entonces, Acho y yo abriríamos los ojos, cada quien los suyos, y nos daríamos cuenta de que sólo quedamos nosotros dos. Nos encontraríamos dentro de un vagón descarrilado, con las luces fundidas y ligeramente inclinado sostenido por la nada y la vía metálica.

—¿Estás bien, Acho? —le preguntaría al bilibrambo.

—Sí, Ante —respondería. Entonces yo le acariciaría la cabeza y él estiraría su cuello.

—Bien — diría yo —debemos salir y llegar a la siguiente estación.

Nos levantaríamos con mucho cuidado y sin darnos cuenta, escucharíamos una vocecita en lo más oscuro del vagón:

—El motor del metro huele a galletas recién horneadas.

Me acercaría a ella y la ayudaría a ponerse de pie.

—Todos han desaparecido —me diría.

—¿Cómo lo sabes?

—La ausencia de todos se puede sentir.

—¿Cómo te llamas? —le preguntaría tomando sus manos frías entre las mías.

—Beatriz.

—Yo soy Dante.

—¿Y tu amiguito?

—¡Acho! —diría Acho acercándose y lamiendo los dedos de Beatriz.

Ella se reiría nerviosa.

—No pasa nada —le diría yo—. Es un bilibrambo.

Entonces Beatriz pasaría sus dedos por el pelaje esponjado de Acho y éste estiraría su cuello.

—¡Gusta! ¡Gusta!

—Creo que le gustas —le diría y Beatriz soltaría una risa. ¡Qué ternura! ¡Cómo quisiera abrazarla y decirle que Acho no es el único al que le gusta!

Nos levantaríamos y abriríamos una de las puertas. Nos costaría mucho trabajo, por supuesto. Entonces saltaríamos entre los durmientes pero teniendo cuidado de no tocar la vía electrificada.

Caminaríamos a lo largo de la oscuridad hasta el resplandor del fondo y llegaríamos a Tacuba.

—¡Dante, aquí no hay nadie!

—Tranquila —le diría para intentar calmarla. Pero lo cierto, es que yo también estaría asustado—. ¿En dónde hemos caído?

Caminaríamos en la estación y nos daríamos cuenta de que todo ha sido destruido. Supondría que hemos viajado al futuro, el futuro de un mundo inerte. Y escucharíamos ruidos en las paredes y sabríamos que no seríamos los únicos en el lugar.

—Aunque estamos en el futuro —les diría—, todo lo que vemos es real. Y lo real existe y lo que existe pertenece al presente.

—¿Es decir? —preguntaría Beatriz confundida.

—¿Ecir? — preguntaría Acho.

—Es decir —diría yo—, que lo que se encuentra detrás de las paredes es real.

—Entonces, éste es nuestro presente ahora —concluiría Beatriz.

—Sí, será mejor que vayamos a la correspondencia y busquemos alguna salida.

Pero todas las escaleras para salir estarían bloqueadas, por derrumbes, cuerpos en putrefacción y huesos de estrellas. En el pasillo de correspondencia, veríamos el cubo. El silencio ciudadano sería un recuerdo del pasado.

Cruzaríamos al otro lado y entonces, escucharíamos unas garras y un grito aterrador. Veríamos por las escaleras, una cabeza humana rodando hacia nosotros y se detendría a nuestros pies, pálida y con los ojos de lienzo.

Veríamos unos cuerpos delgados con protuberancias y dientes de tiburón, unos antropomorfos caníbales que nos perseguirían a lo largo del pasillo, y nos llevarían a la correspondencia. Descenderíamos a las otras vías y entonces veríamos a una criatura repulsiva y horrible. Sería como una araña gigantesca, fauces escurridas de veneno y ácido debajo de su cuerpo amorfo y tenazas de panteón.

—¿Beatriz? ¿Dónde estás? —gritaría.

Pero no obtendría respuesta y el pobre de Acho se escondería detrás de mis piernas.

—¡Oldred!

—No, no, Acho. No digas eso. Moldred es el villano de la novela... de la novela donde tú saliste.

¡No!

Y entonces, los antropomorfos tomarían a Acho y lo aventarían a las tenazas hambrientas de la araña, y ésta lo aventaría al vacío y lo dejaría empalado en las lanzas de los guerreros deformes.

Y entonces, mi odio crecería y como le faltaría espacio, tendría que hacerme crecer a mí también. Y me haría un gigante y aplastaría a todas las creaturas y a su enorme reina que tanto me asustaba, pero que en ese momento, odiaría, y la pisaría hasta que no quedara nada de ella.

Entonces, el llanto me haría descender a mi tamaño normal y me acercaría con Acho y le diría con lágrimas en la garganta:

—Acho, no soy un pistolero pero te doy gracias. *Yo te doy gracias, Acho.*

El brambo no me mordería y diría una sola palabra:

—Ante.

Luego, soltaría un suspiro, me lamería la mano una sola vez, dejaría caer la cabeza y moriría.

“Maldita sea. Reviví la muerte de Acho”, pensé a gritos, “la reviví y volví a llorar de la misma manera que la primera. Y te tengo que dejar ir, porque no eres mío”.

Y entonces, caminaría por la oscuridad de los túneles. Saldría por una ranura en el tiempo y contemplaría el vuelo de un ave. Tendría la certeza de que no todo estaría perdido por completo.

Y escucharía la voz de mi ángel diciéndome que así tenía que ser; que ahora estaba listo para verla y para quitarle las piedras preciosas de los ojos, también. Y entre los dos le cantaríamos al bilibrambo. La melodía quedaría grabada en el recuerdo. Y se llamaría “El Blues de Tacuba” o “El Blues de Acho”.

Y no podría evitarlo, pero pensaría en Eddie y Jake.

Y los volvería a extrañar.

El color sin nombre

Regreso al metro en tiempo presente y me siento con el llanto de colmena cerca de los andenes. Los labios se desgajan en piedras de sal, los ojos saben a miel que lloran abejas y cada aguijón es un martillo que quema.

Ahora me arrepiento de no haber ido a la línea 4, la que tiene ese color sin nombre que tanto me gusta. Es el momento, entonces. Me voy a visitar a *Santa Anita* y tomamos agua de *Jamaica* con *Fray Servando* en la *Candelaria*. Después, le compro un poco de independencia a *Morelos* y me sigo derecho por el *Canal del Norte* hasta el *Consulado* donde me asomo por el Río para ver la Sierra de las Cruces y subo pensando que es la Montaña de los Caminos. Entonces, me siento a cenar con los viajeros que abren Puertas.

—Hola —dice Charlie cruzando una de ellas y desapareciendo en su interior. Muy de él, por supuesto.

Después, voy hasta el *Bondojito* a comerme unos nopales con tortillas y sin saberlo, he prevenido el cáncer de la apatía. Luego veo un mercadito y compro un *Talismán* que le regalo a *Martín Carrera*, quien en realidad es el anciano Samuel esperándome al final de los rieles.

—Ese talismán es tuyo —dice mi guía—. Úsalo. Además, has comido los nopales que previenen la enfermedad y pronto comenzarás a curarte. Ahora somos uno y debemos continuar. Hay cosas que debes ver.

En ese momento, nos damos la mano como buenos camaradas y nos fusionamos en uno solo. Por un momento, me es posible olvidar la tristeza y esconderla dentro de un zapato. Y aunque Beatriz estaba conjugada en pasado, aparece en presente cargando un hijo nuestro llamado Daniel. Me dice *papá*. No Dante, sino papá. Siento bonito. Creo que podría ser un buen padre para él, como David fue conmigo.

Beatriz trae un pergamino. Lo abre para mí y comienzo a leer. Resulta que son las escrituras de una casa que me dejaron, una casa en el Lago de Guadalupe y que estuvo abandonada por años.

No sé por qué, pero me acordé del Diario de Animales y del hombre que insistía en ver fantasmas.

Y el jardín de atrás

Por primera vez en mucho tiempo, me siento bien. La casa que había pertenecido a mis padres, ahora es mía. Ahí, en el Lago de Guadalupe, tuve a los mejores amigos; ahí también conocí a Beatriz, aunque con otro nombre. Pero era ella. Siempre fue ella.

—Te va a encantar —le digo mientras conduzco hacia el lugar—. Debes recordarla, habrá que hacerle arreglos, pero quedará bien.

Beatriz se acuerda. Estoy seguro que a Daniel le gustará. Mi hijo tiene siete años. Aquí el tiempo vuela.

Cuando llegamos, el lago, a lo lejos, es un espejo que brilla con el sol y los viejos árboles de siempre, se mecen como si se alegraran de verme otra vez.

—¡De prisa! —dije.

—¿Aquí es donde viviremos, papi? —pregunta una vocecita a mis espaldas.

—Sí, campeón. ¿Te gusta?

—¡Mucho!

—¿Y a ti, amor?

—Siempre me ha gustado este lugar —dice Beatriz.

Tomo la llave de la reja para abrir. Unas escaleras de concreto conducen al patio delantero. La casa tiene un espíritu europeo, pintada de blanco y el techo de libro con rojo carmín.

—No ha cambiado nada —digo contemplando la estructura. La jacaranda y el bambú, que adorna el sendero de las losas oscuras, estira sus brazos de manera descuidada. Comienzo a pensar en todo lo que tendré que arreglar. Siempre me ha parecido detestable ocuparme del cuidado de una casa pero ésta vez, es distinto.

Daniel corre hacia el costado derecho de la casa y se aventura en el jardín, en la parte trasera. El pasto ha crecido mucho.

—¡Daniel, ten cuidado! —dice su madre.

—¡Tiene piscina! —grita Daniel, mientras Beatriz y yo nos acercamos a la parte trasera.

—¡No puedo creerlo! —exclamo.

—¿Qué?

—Esta piscina debe tener casi treinta años.

—¿Tantos ya?

—Más o menos —río al recordar todas las tardes que llegaba de la escuela, olvidaba la tarea y me metía al agua fría durante horas. Fueron las mejores tardes de mi infancia.

—¡Está super, papá! ¡Me gusta! —exclama Daniel corriendo hacia mí.

—¿Sabes, hijo? Este jardín es muy grande. Yo jugaba fútbol aquí con mis amigos, y tú podrás hacer lo mismo.

—¿Y jugarás conmigo, también? —pregunta Daniel, aferrándose a mis manos.

—¡Claro!

—¿Y podré meterme a nadar, también?

—Sí, sólo que el agua es helada.

—No importa, mamá dice que el agua fría es buena para la salud.

—¡Aprende de tu hijo! —dice ella y reímos los tres. Miro al cielo. Los pájaros parlotean sin cesar.

Durante unos minutos, nos quedamos contemplando el jardín. Daniel va y viene hasta que algo llama su atención.

—¿Qué es esto? —pregunta sosteniendo un pedazo de madera que estaba escondido entre la hierba. Tiene un nombre y un año grabados con navaja. Lo miro con detenimiento.

—¿Dónde lo encontraste? —pregunto.

—Entre la hierba. ¿Qué es?

Miro a Beatriz y me vuelvo hacia él.

—Es el pedazo de una cruz —susurro. Beatriz lo sabe.

—Y, ¿para qué sirve? —insiste el pequeño.

—Yo la hice hace muchos años.

—¿En serio? Y, ¿por qué sigue ahí?

—Eso mismo me pregunto yo —digo contemplando el objeto entre mis manos.

—¿Papi?

—Aquí en el jardín, hijo, enterrábamos a nuestras mascotas.

—¿Cómo en la película?

—No tan macabro, pero algo así.

—Cuéntame de tu cementerio.

—No era un cementerio, hijo. En otra ocasión hablaremos de eso. Mejor, vamos a comer y a platicar sobre la mudanza.

Salimos abrazados. A pesar de que me siento contento, no puedo negar que algunos recuerdos comienzan a afectarme. Recuerdos que creí haber enterrado en lo más profundo de mi corazón. Recuerdos que parten de un pedazo de madera en forma de cruz y que me llevan hasta la reciente muerte de mi padre. Pero no quiero dejarme llevar por ello. Tenemos muchas cosas por hacer antes de mudarnos.

Al cabo de un tiempo estamos instalados por completo. Mandamos pintar la fachada, el techo y la piscina. Cortamos el pasto, la jacaranda y el bambú. Beatriz ha sembrado flores en el jardín. Ella escogió la pintura azul para el interior. La casa ha cobrado vida otra vez y la habitación que había sido mía cuando era joven, ahora le pertenece a Daniel. Esa noche, los perros del lugar aúllan como lobos, como si nos dieran la bienvenida.

Un día, llego a casa después de la tienda. Afuera, escucho unos pasos que se acercan a mis espaldas.

—¿Señor? —dice una voz débil, como lejana—. ¿Podría regalarme una moneda?

Saco unas monedas y se las doy.

—Tenga —digo extendiéndole también un pan.

—Gracias —responde el vagabundo—. Que Dios te bendiga.

Comienzo a caminar hacia la casa cuando escucho la voz de mi padre.

—Cuidado con los perros, Dante. Han vuelto a ladrar.

Me estremezco. Me vuelvo pero el vagabundo ha desaparecido. Entro a la casa. El corazón me late con rapidez.

—¡Amor! —exclama Beatriz cuando me ve llegar—. ¿Qué te pasa?

—Nada...

—Llama a Daniel, ya casi está la comida. Está jugando en el jardín.

Perplejo aún, voy a llamarlo. Lo miro desde mi cuarto. El niño corre con el balón detrás de la piscina. ¡Me recuerda tanto los días de infancia!

—¡Dani, a comer!

A los pocos minutos, los tres estamos reunidos en la cocina.

—¡Papi, papi! ¡Hice veinte dominadas con la cabeza!

—¡Uf, qué bien! Ahora me ganarás fácilmente.

—¡Verás que sí!

Después de la comida, Beatriz y yo platicamos en la sala. Daniel saborea un pedazo de flan de nuez.

—Y, ¿cómo se han sentido viviendo aquí? —pregunto al momento de encender un cigarro.

—Yo estoy feliz, amor —dice Beatriz—. Me agrada el lugar.

—¿Y tú, campeón?

—¡Muy bien, pa'! El jardín es muy grande. Nunca había corrido tanto como hoy. Además, ya tengo nuevos amigos.

—¡Qué bien! —exclamo, y luego, dirigiéndome a Beatriz—: No sabía que ya lo dejaste salir con los otros niños.

—Pero Dani estuvo todo el día en la casa —responde ella.

—¿Entonces?

—¿A qué amigos te refieres, amor? —pregunta Beatriz.

—A los perros del jardín. Son muy divertidos.

Me sobresalto.

—Y... ¿qué hacen los perros del jardín? —pregunto.

—Corren conmigo y persiguen la pelota.

Silencio.

—... y también vinieron a visitarme ayer cuando dormía —terminó Daniel.

Durante la noche, se escuchan aullidos que parecen ser de lobos y que me arrullan hasta caer en un profundo sueño.

Te ves persiguiendo a tu hijo en el corazón del bosque.

—No dejes que se aleje mucho —dice tu esposa en la lejanía.

Pero algo te inquieta y no lo quieres perder de vista.

—¡Hijo! —gritas con fuerza—. Hijo, ¿dónde estás?

Te encuentras desesperado. De pronto, ves a tu hijo, quien corre, no detrás de su pelota. Corre detrás de un perro gigante. Es oscuro y algo brilla en su pecho. No distingues lo que es.

—¡Cuidado, hijo, no te acerques a ese perro!

Pero el niño no te escucha. Entonces, te das cuenta de que el niño no corre para alcanzar al perro, sino que éste lo guía hacia algún lugar.

Te apresuras pero tropiezas con unos arbustos y al caer te haces daño en el tobillo. Te duele y la tensión sube a lo largo de tu pierna.

—¡Hijo! —gritas aterrado y en ese momento, escuchas una voz familiar.

—¡Tienes que escuchar a los perros! ¡Debes escucharlos!

Entonces miras a un vagabundo, quien espera pasivo mientras el enorme perro se abalanza sobre tu hijo.

—¡No! —vuelves a gritar, pero ya es demasiado tarde. Tu hijo desaparece en el interior de la bestia.

Despierto con violencia al escuchar mi grito.

—¡Amor! —exclama Beatriz al otro lado de la cama—. ¿Qué sucede?

Tengo que hacer un esfuerzo para controlarme. Mi respiración es agitada y mi cabeza está empapada de sudor.

—Nada —digo finalmente—. Tuve una pesadilla.

—Ven conmigo —dice abrazándome. Me vuelvo a dormir. Ésta vez, sin soñar nada en absoluto.

A la mañana siguiente, me siento cansado y de mal humor. Un intenso dolor me desgarró el tobillo. Quiero creer que me torcí durante la noche, pero una parte de mí sabe que eso no es cierto.

Pasan algunos días. La conducta de Daniel ha comenzado a cambiar. Dos oscuras ojeras han aparecido en su rostro. Ya no sale a jugar con la pelota y se la pasa casi todas las tardes encerrado. Triste y silencioso.

—¡Dice que ve cosas en el jardín! —solloza Beatriz una tarde.

—¿Qué cosas? ¡Dime!

Durante unos segundos, Beatriz no dice nada. Intenta contener el llanto. Entonces una oleada de imágenes cruza por mi mente.

Daniel vio a un perro.

Pero no puede ser cierto. Aquello no existe.

El sueño.

El vagabundo.

La voz.

La cruz.

El jardín.

Era como un cementerio...

No puede ser verdad.

... de mascotas...

Miro aterrado a mi mujer. En ese momento, estalla.

—¡Dijo que vio a un perro enorme y un pájaro que volaba encima de su cabeza... un pájaro decapitado!

Entonces lo comprendo. Me limito a abrazarla hasta que se calma. La dejo recostada en el sillón de la sala y voy hacia

(mi habitación)

la habitación de Daniel donde lo encuentro recostado sobre la cama. ¡Tantos recuerdos se guardan ahí! Las paredes parecen suspirar, como si hubiesen estado esperándome.

—¿Dani?

—Pa'...

—Sí, campeón, aquí estoy.

Me siento con él en la cama y lo abrazo. Al cabo de unos minutos, Daniel dice algo que no alcanzo a escuchar.

—¿Qué dijiste?

—No vas a dejar que los lobos me coman, ¿verdad?

—Claro que no, hijo —respondo no muy convencido.

—Tengo miedo de ellos, papi... y de él también.

—¿Quién?

—El hombre sucio.

—¿El vagabundo?

—¿Así se llama?

—No. Un vagabundo es alguien que ha perdido su hogar... se dedican a... vagar, por eso se les dice así.

—Y, ¿tienen barbas cochinas?

—Supongo que sí.

—¡Así era, papi! ¡Así era el que vi!

Suspiro y lo abrazo más fuerte.

—Hijo, sé que todo esto te asusta, pero estamos aquí para ayudarte.

—Mami dice que tengo que ir con el doctor.

—¿Tú quieres eso?

—No, pa'.

—Entonces no haremos nada que tú no quieras, pero necesito que me ayudes con algo.

—¿Qué?

—Haz un esfuerzo por recordar al animal que viste. Es importante.

Daniel lo intenta, pero se da cuenta de que le cuesta trabajo recordar.

—No te compliques —sugiero—. Es como los juegos de memoria. Sólo debes recordar dónde está el par de la otra cartita, ¿te acuerdas?

—Sí, papi. Me gustan esos juegos.

—Imagina entonces que estamos jugando memoria, ¿vale?

Daniel cierra los ojos, solloza y describe al animal tan rápido como puede, como si quisiera librarse de aquella visión.

—¡Era un perro grande y negro, con una manchita blanca en el pecho... sus ojos eran muy feos!

Suspiro derrotado.

—Hijo, mírame a los ojos y escúchame bien —Daniel obedece—. Yo no voy a dejar que nada te pase... a ti o a tu mamá, te doy mi palabra. Sólo te pido que tengas un poco de paciencia, ¿está bien?

—¿Lo prometes, papi?

—Te lo juro.

Nos abrazamos una vez más y salgo de
(mi habitación)
la habitación. Encuentro a Beatriz en el pasillo.

—¿Qué te dijo?

Me acerco, la llevo a la cama y le pido que descanse.

—¡Dime, qué te dijo! —y se lo conté, pidiéndole al final que no se volviera a hablar del tema.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacer unas cosas pero, al final, Dani estará bien.

—¿Qué cosas?

—No, hasta que esté terminado.

—¡Carajo, soy su madre!

—¡Y yo, su padre! Por eso te pido que confíes en mí.

La abrazo y le hago la misma promesa que a Daniel. Después, salgo del cuarto sin mirar atrás. Siento que Beatriz llora y que me ve como si fuese la última vez que nos encontráramos.

Aquella tarde me emborracho. Voy al cuartito donde guardamos cajas viejas y papeles. Saco los libros de fotos y los llevo conmigo a la sala. Una parte dentro de mí no puede negar que está asustada. Muy asustada. No sé porqué escojo el libro familiar. Hay fotos del tiempo donde viví en esa misma casa. Fiestas, viajes, amigos, el grupo musical...

En varias ocasiones sonrío al recordar las reuniones de café y cerveza y las largas pláticas de la juventud. Entonces, veo otro álbum sucio y de pastas gruesas. Un aire frío me eriza la piel. Dudo. Doy un trago profundo a mi bebida y miro hacia la ventana. La noche ha caído.

Veo de nuevo la cubierta del libro. Mis manos tiemblan cuando me decido a abrirlo. Me siento envuelto por una pesada inquietud, como si una fuerza extraña me transportara a otro lugar.

Ahí también están las fotos de mis tortugas, los gatos, los perros. Pero hay uno de ellos que me llama la atención. A pesar de que en aquellos años, lo quise, ahora al verlo, me atemoriza. Es un enorme perro, con una mancha blanca en el pecho, el mismo que había descrito Daniel.

Dejo caer el libro. Algo brillante se mece en el aire. Es una vieja fotografía de mi padre. La sostengo unos minutos y llorando en silencio, la miro. Lo extraño. Lo extraño. Incluso al pájaro herido que habíamos recogido en el jardín. Bebo lo que queda en la botella y salgo. La noche es fría, los árboles hablan entre ellos y la luna me observa con ojos de estrella. Cuando estoy en lo más profundo del jardín, me detengo.

—Bueno, vagabundo, aquí estoy —digo arrastrando las palabras, sin saber con exactitud a quién me dirijo.

Un viento frío me acecha. De pronto, siento que alguien me observa. A lo lejos, los aullidos de los perros se hacen cada vez más sonoros, como acercándose a mí.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —susurro.

—Has regresado a casa, te estábamos esperando —dice una voz familiar a mis espaldas.

—¡David!... Papá...

—Bienvenido a casa... te esperábamos —repitió.

—¿Quiénes?

—Míralo por ti mismo —sonríe—. Mira hacia el jardín.

Lo hago. Un ruido se va incrementando. Algo surge de las entrañas del jardín. La tierra se levanta como si la empujaran desde abajo. Vapores azules se pierden en la noche y los perros en la lejanía aúllan como lobos.

Ya no lo puedo evitar. Lloro. Gatos y perros por igual emergen de la tierra y caminan con torpeza hacia mí. Ladran y mueven la cola. Aquellos maúllan restregándose unos contra otros. Los recuerdo a todos. Ahí está Acho también.

Mi padre me anima por detrás.

—Hasta ahora no los has dejado ir.

—A ti tampoco.

—Pero ahora es el tiempo... debes dejarnos ir.

—Murieron hace mucho...

—Pero siempre te negaste a dejarnos ir y por eso no hemos encontrado la paz. ¿No lo entiendes? Somos vagabundos de tu recuerdo. Hemos estado esperándote para cerrar el ciclo. Ahora debes hacerlo.

—¡No puedo! —grito entre lágrimas—. ¡Los quiero! ¡Te quiero a ti de vuelta!

—Hijo —la voz de papá es tierna—, te lo hemos pedido. Ellos te lo han pedido. Nunca quisieron lastimar a nadie, ni a mi nieto, porque tú les diste amor. A ellos y a mí. Te pedimos que nos dejes ir al otro jardín donde esperan tus abuelos. Tienes que hacerlo. No los condenes.

—Eran mis amigos... tú eras mi amigo... no tenían por qué irse así.

—Es el ciclo natural.

Me siento derrotado. Caigo sobre mis rodillas y me cubro el rostro con las manos sin poder ocultar el llanto.

—Siempre nos extrañarás y es posible que nos llores. Es algo natural, pero déjanos ir y estaremos bien... cierra el ciclo. Sólo tú puedes hacerlo.

En ese momento los animales me rodean; maullando unos, ladrando otros. Los abrazo con fuerzas a todos sin dejar de llorar, pero he comprendido que así tiene que ser.

—¡Adiós mis amigos! ¡Adiós a todos!

Mi papá también me abraza y ambos lloramos.

—Te amo, papá, David, Thot.

—Y yo a ti, hijo. Siempre he estado orgulloso de ti.

Cierro los ojos y fundo mi llanto en el corazón de la noche hasta quedarme solo. Cuando vuelvo a mirar, la luna brilla en un intenso resplandor azulado y todo está quieto. A lo lejos, los perros han dejado de ladrar.

Finalmente, cuando entro en la habitación de Daniel, éste duerme tranquilo. Hasta sonrío y sonrío con él. Lo abrazo y nos hacemos uno. He recuperado la inocencia.

Después, entro a la habitación y contemplo a Beatriz quien duerme. Es hermosa.

Aún con lágrimas en los ojos, me acuesto a su lado y la abrazo. La beso en la mejilla y ella sonrío.

—Duerme amor —susurro—. El sol brillará por la mañana.

En ese momento, nos hacemos uno y en el jardín de atrás no hay nada ya. Sólo silencio y una brisa que lleva recuerdos y amistades.

Ahora ellos son libres.

Libres para soñar.

La cura es el tiempo

El estanque de los lagartos es una laguna de cerveza, lágrimas de fango, la noche. Tú, a lo tuyo; yo, a lo mío. Que el asesino sea sicario; que la mujer ame a su hombre; que los soñadores no despierten y que las sombras bailen. Espectros con ojos de pantano. Las armaduras brotan como tatuajes en el fuego. Estrellas que bailan en la hierba y hormigas devorando dragones. Iré y olvidaré.

Tal vez, algunas estrellas mueran; quizá, otras se vayan. Las calles seguirán guardando sentimientos; mientras yo, anclado en sus corazas, navego entre las sillas de caoba, buscando el susurro del albatros que me otorgue el perdón.

La única diferencia entre el sueño y la muerte es que cuando morimos no volvemos a despertar. Y lo peor de todo es que morir genera impuestos; pero después se pueden evadir.

Me pesa la ausencia y tengo que vivir con eso todos los días, como los piojos o la solitaria. Tanta vida reducida a un puñado de silencio. El peso de los años se precipita sobre un instante.

Pero aquellos ya no serán los mismos tiempos, cuando el ajenjo era mi compañía o cuando buscaba la muerte en cada sol; los tiempo de noche, de luna y de dragones. Ya no. Aquellos ya no serán los mismos tiempos, aquellos que se ven ahí, donde doblan las esquinas y el resplandor del mañana promete una sonrisa en el cielo.

Cuando ya no esté, no olvidemos mirar la luna y soñar. Dale de comer al gato y háblale de mí. Lloro cuando tengas que llorar pero que la ausencia no se robe tu sonrisa. Cuando sientas las caricias del viento, imagina que son mis manos acompañándote. Cuando camines bajo una tarde lluviosa, piensa que desde el cielo te mando besos de relámpago. Cuando mires al colibrí de nuestra ventana, sonrío: soy yo quien viene de visita, pero recuerda que debo echar a volar. Pero vendré, lo prometo. Sólo deja un poco de agua dulce en el bebedero. Cuando sientas las caricias del mar, piensa que son

mis brazos que te sostienen. Cuando veas las sombras en la penumbra, no te asustes: serán mis pies cerca de ti. Cuando tengas frío por la noche, piensa que es mi aliento que intenta cantarte una canción para que duermas. Prometo esperarte, allá donde me encuentre, pero no te angusties si no vengo muy seguido. Piensa que estaré con nuestros seres que se han ido. Piensa que soy feliz por estar con ellos y que permaneceré ansioso de que llegues. Pero a tu tiempo. Que la certeza de mi ausencia sea la esperanza de reencontrarnos en otro mundo mejor, y ahí, seremos eternos. Recuerda que cuando ya no me encuentre y a donde quiera que voltees, ahí estaré. Mientras, sonríe y siempre viviré en ti y te acompañaré a donde vayas. Sobre todas las cosas, recuerda cuánto te amé.

Y fue así como recordé que era Año Nuevo. Y fui al bar de Charlie a saludar a mis amigos una última vez.

Hasta luego espejo

Antes de entrar tengo una visión.

Era la víspera del Año Nuevo y aquella noche fría, las calles estaban desiertas. Tres sombras aparecieron de pronto, deteniéndose en el lugar de siempre: el bar de los monstruos.

Cuando entraron, sólo las luces de neón en la barra y los reflectores del escenario alumbraban el lugar. Las mesas estaban vacías. Algunos espectros solitarios bebían en la barra, donde Charlie, disfrazado como un monstruo gelatinoso, servía los tragos. Más allá, hermosas calaveritas limpiaban las mesas.

En el escenario, un grupo de fantasmas tocaba un ligero jazz al estilo Nueva Orleans. Los recién llegados se sentaron cerca de ahí. El vampiro se sentó en medio de sus compañeros. Llevaba su traje negro de siempre con holanes en la camisa. Su cabello estaba perfectamente peinado hacia atrás y su capa le daba un aspecto elegante.

A su izquierda, estaba la momia, siempre envuelta en sí misma y cuidando que ninguno de sus vendajes estuviera fuera de lugar. El otro, era el monstruo de la laguna, verde y con aspecto de piraña, acomodando los lirios que colgaban de sus brazos.

Una coqueta calavera les tomó la orden: el vampiro, coctel de sangría; la momia, licor egipcio y el monstruo, ponche acuático, hecho con algas y ginebra. Minutos más tarde, la mesera regresó con los tragos en una charola y se alejó moviendo sus huesudas caderas. Cuando los tres tuvieron sus bebidas, levantaron en alto sus vasos para brindar.

—Bueno —dijo el vampiro—, otro año que se va.

—Espero que la situación mejore en el siguiente —dijo la momia.

—¿Tú crees? —preguntó el monstruo—. ¿Con los políticos de hoy?

—No seas tan pesimista —dijo la momia.

—Es que tiene razón —intervino el vampiro—. Ya no asustamos a nadie. Hemos... pasado de moda.

—Nos miran como una caricatura y a veces hasta damos risa —dijo el monstruo.

—Sí —afirmó el vampiro—. La verdad es que estoy considerando el retiro.

—Pero si no espantamos nosotros a la gente —inquirió la momia—, ¿quién lo hará?

—Momia querida —dijo el vampiro—, tienes que leer los periódicos.

—Con mis vendajes, a penas y veo por dónde camino.

Los tres rieron y levantaron sus vasos para brindar nuevamente.

—Pues sí —dijo el monstruo—, ahora la gente está más ocupada en otras cosas: secuestros, asaltos, guerras...

—¿Pero es que el sindicato ya no nos apoya?

—No momia —concluyó el vampiro—. Acéptalo: hemos pasado de moda.

Y entonces, se quedaron cabizbajos escuchando al grupo musical. Tal vez un poco de jazz levantaría sus ánimos. Sin darse cuenta, el vampiro estaba llevando el ritmo con sus pálidos dedos. El monstruo volteó al escenario y vio a los integrantes. El pianista era un virtuoso fantasma, envuelto en una sábana blanca que le daba vida, con un sombrero tipo gángster y un cigarrillo colgando de sus labios sin forma. Un zombie, de esos que llegan tarde a la repartición de tumbas, era el cantante, quien estaba vestido con un fino smoking oscuro y cuya voz tenía un tono rasposo que le daba cierto *feeling* a la melodía. El trompetista, un delgado y alto fantasma que llevaba gafas oscuras, interpretaba sus

solos correspondientes y se sonreía con los demás. Al fondo, unas manos cubiertas con guantes blancos movían las baquetas sin parar.

—Ese baterista toca muy bien —dijo el monstruo.

—¿Cuál baterista? Yo no veo a nadie —objetó la momia.

—Es el hombre invisible, ¿no ves? —preguntó el vampiro.

—¡Ah, estos vendajes!

Al final, cuando el reloj marcó las doce, los monstruos se dieron su abrazo y mejores hechizos para el año. Entonces, el grupo de jazz comenzó a interpretar una vieja melodía: “What a wonderful world”.

Los monstruos se sentaron otra vez, limitándose a escuchar. Aquella noche, sus rostros cansados estaban pintados por la nostalgia. Veían con tristeza el mundo moderno: un lugar que ya no era para ellos.

Lo mismo me sucede a mí. Este mundo ya no es mío.

Suspiro profundo.

Al entrar al bar, pienso en decirles que yo era un zombie y que comí demasiado cerebro, por eso, había podido terminar la novela y librarme de la enfermedad de Bartleby, conocida por su fórmula química y su bacteria: la apatía.

Aunque el recuerdo sigue latente. Ese no se olvida.

Y nos saludamos todos: Charlie, el Dinosaurio, los mosqueteros y yo. Jugamos billar y la última bola la metí yo y gané el juego. Y era una bola negra pero no con el número 8, sino con el número 16, el de la fortuna.

Y en vez de decir *¡Feliz Año Nuevo!* todos me dijeron: “ahora Dante tienes que renacer”.

Entonces me convierto en cenizas.

Arde el dolor, la nostalgia, la apatía por respirar. Todo se resume al polvo. El principio y el final. Las plumas talladas en arpas de fuego, con oro en el aire; se abren los ojos de lava. (Re)nace el Ave Fénix de sí mismo, de su volcán de recuerdos y de la evasiva por existir.

Me acerco con Charlie.

—¿Cuánto te debo de mis tragos?

—Nada —responde—. Tu cuenta está pagada.

—¿Ah, sí? ¿Y quién la pagó?

—Ese hombre que está allá —señala al fondo y entonces me vuelvo para mirar y lo que veo es un hombre al otro lado de un espejo y lo miro fijamente a sus ojos.

Me pierdo dentro de sus pupilas y pupilos reprobados por la maestra, la niña de los ojos, y entonces vuelvo a mi cuarto azul; azul como la piel que se puso Beatriz y que se derramó por el desierto creando el mar de su ser. Y ella se convirtió en una mujer y no en todas y se vistió de mar y nos amamos, y David al fin pudo volar con alas de Thot.

Volar. Y sucede que con la ventana abierta, la tarde se alarga como siempre y recibo una visita de alas desesperadas. ¿Has escuchado llorar a un colibrí? ¿Has escuchado en un ave el deseo de libertad?

Con miedo a no romperlo intento guardarlo en mis manos. Sus alas de papel rozan mi piel. Huye de mis dedos y yo intento quitar el viento para dejarlo pasar.

Sale al refugio del cielo y lo miro alejarse. Me acerco a la ventana y ahí está él convertido en instante. Detiene el aire con su pico para hablar. Ya no llora. Su voz es canto y parece sonreír. Tan frágil así, cabe en todas las flores. Y será una fotografía en mi memoria, porque nos hemos robado una sonrisa esta tarde.

Miro al reflejo en el espejo y ya no me parece tan ajeno.

—Me agradas —le digo.

—Tú a mí.

—¿Me perdonas?

—Nos perdonamos —decimos al mismo tiempo.

Y también, escucho muy en lo profundo de mi ser una vocecita que repetía una y otra vez: “Ante, Ante”.

Ya no veo el reflejo sino el rostro de Dante reflejado en el espejo.

Adios Beatriz. Adiós Acho. Adiós mosqueteros. Adiós Samuel. Adiós Charlie. Adiós Dinosaurio. Adiós Genoveva. Adiós David. Adiós Thot. Adiós Dante. Adiós todos. Adiós, adiós.

Miro a mi gato.

Miro el reloj.

Son las 6:03 p.m.

“El infierno es la vía del hombre que pasa a través del pecado, el sufrimiento y la desesperanza; el purgatorio es su purificación por la fe; el paraíso es su redención por la revelación divina y el amor. Virgilio, quien guiaba a Dante en el infierno y el purgatorio, representa la razón y la sabiduría, que pueden llevar a la orilla de la felicidad; pero sólo la fe y el amor pueden introducirlo en ella. En la vida de Dante su exilio fue su infierno; sus estudios y escritos fueron su purgatorio; su esperanza y su amor fueron su redención... Su tema era la más alta concepción filosófica de la redención del hombre por el amor”.

Ikram Antaki

DEDICATORIAS

A la memoria de Herman, mi padre

A Herman, mi padre.

A Ylia Kazama: madre y amiga.

A los amigos; los que están y los que se fueron.

A mis gatos Rayo, Luna y Rufina.

A la memoria de Sam, Mina, Botas, Lucky, Sandy, Lucy, Tessy, Sunny, Burbuja, Bengalí, Billy, Chabelita, Tomás, Lucrecia y Chamila. Gatos todos ellos.

A la memoria de Chanel, Junior, Greñas, Odie, Márduk, Katy y Candy. Mis perros.

A la memoria de Pipolina, mi tortuga.

Al Ratón de los Dientes.

A Acho, el valiente bilibrambo.

Y si por alguna causa olvidé a alguien más, siéntete libre de formar parte de estas dedicatorias, pues haberme acompañado hasta el final es un gran motivo de gratitud. Este libro es también para ti.